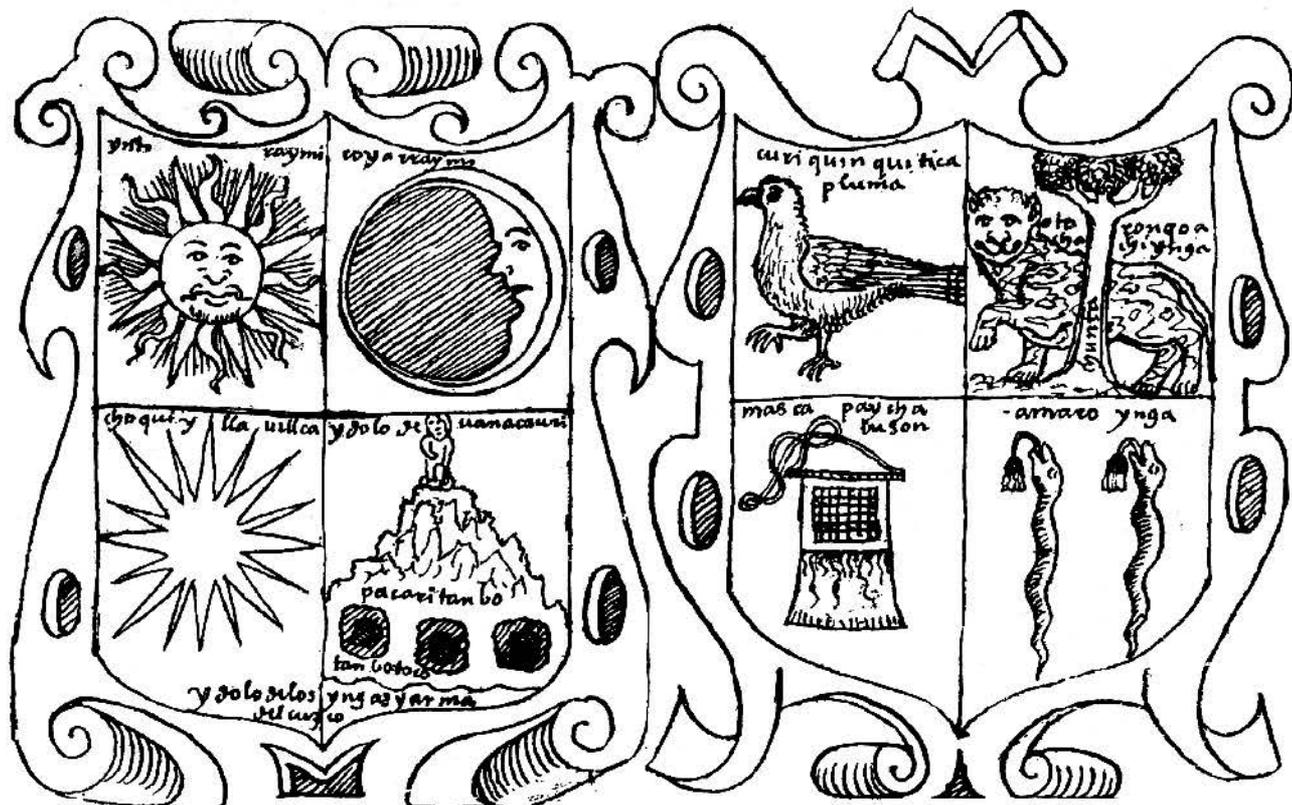


Antropología suplemento

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 10 ≈ Julio-Agosto 1986



Nueva Corónica y Buen Gobierno

Hasta el nido del cóndor . . . *

Marielle de Saint-Albin**

A Simón Rodríguez Carreño

Traducción: Alejandro Duque

*Si logro decir lo que es cierto,
mi semejante se reconocerá
inevitablemente en mis palabras.*

¿Quién es Simón Bolívar? En 1825 tiene cuarenta y dos años. Es el Libertador, desde Venezuela hasta Perú. Va avanzando hacia el Alto Perú. . . Podría ir mucho más lejos todavía, y marchar hacia Brasil y Argentina. Pero él sabe que esa es una obra desmesurada para un solo hombre. Bolívar no quiere convertirse en el Dictador del Cono Sur, y tiene la sensatez de detenerse en Perú.

Luego de la victoria de Ayacucho, su larga gira a través del Imperio del Sol es un triunfo que culmina en Cuzco. Esta región lo fascina, y Bolívar se interesa por todos los aspectos de la cultura Inca pasada y presente, más que por el despliegue de fastos y de honores que le ha sido reservado. En efecto, una gloria semejante embriagaría a cualquier otro que no fuese

* Originalmente, este trabajo se concibió para participar en la Primera Biental Internacional de Ensayo "Simón Bolívar" 1983, del Ateneo de Caracas, Venezuela. La idea de realizar un ensayo histórico se fue transmutando poco a poco en una aleación de historia y de experiencias personales vividas. Se recurrió a la historia-ficción con la intención de hacer aparecer en la persona de Simón Bolívar un ser menos perfecto, pero más humano y, finalmente, más simpático que el Simón Bolívar público.

** Egresada de la Facultad de Ciencias Políticas, de la Universidad de Lyon, Francia. Durante dos años recorrió —a pie— América del Sur, particularmente la zona andina. Hoy se ocupa de la organización de la actividad artesanal en campamentos de niños, en especial en el taller de joyería y metal grabado.

Bolívar. Pero a él no le hace desviarse jamás, ni un instante, de la línea de conducta que se había trazado: el General decreta la aplicación inmediata de las primeras reformas. El pueblo indígena cree en la llegada de un nuevo Mesías o de un nuevo Inca. No ocurre lo mismo con las clases privilegiadas: el héroe conserva una influencia moral aparentemente ilimitada, pero ya se perciben las discordias y las calumnias, y pronto los complots.

Bolívar, sabiendo todo eso, está más resuelto aún a llevar a cabo hasta el fin la obra comenzada. Prisionero de una mística, no debe, no quiere renunciar.

Es en Cuzco, pues, en el centro de toda esa gloria que él mismo buscó, pero que no colma todas las aspiraciones profundas de su ser, que se sitúa este "intermedio" imaginario con Simón Rodríguez, el preceptor de su juventud. Entre el "Juramento del Monte Sacro"¹ y este encuentro, han transcurrido veinte años.

A pedido de Bolívar, Rodríguez se ha reunido con él en Perú, y lo ha acompañado en esta verdadera marcha triunfal hasta Cuzco. Simón Bolívar ya casi ha cumplido su contrato con la historia. Su trayectoria perfectamente lineal no presenta ningún punto en común con los arabescos, a veces enigmáticos, de la vida de Simón Rodríguez. Sin embargo, ese personaje misterioso fue el instigador de toda la filosofía y de toda la obra de Bolívar. Simón Rodríguez Carreño, alias Samuel Robinson, es el ejemplo mismo de una personalidad radicalmente original y anarquista, y de su inadaptación absoluta a la sociedad. Es y será toda su vida un individualista convencido, al margen de los conformismos de su época, aunque sin ser, lo que se dice, un aventurero. Es evidente que Simón Bolívar admira su mente libre, su disponibilidad. Pero para él, la acción en la historia, y el poder, son afrodisiacos mucho más poderosos, aun cuando él es, paradójicamente, un hombre desinteresado.

Bolívar existe gracias a los millones de reflejos halagadores que le devuelven todos los espejos. De allí también saca esa fuerza siempre renaciente. Entonces, ¿por qué le pide a Rodríguez que lo acompañe? ¿Cuál de los dos tuvo la idea de esa escapada de varios días a las alturas de Cuzco? ¿Simple amistad hacia el viejo maestro que Bolívar sigue venerando? ¿Busca sus consejos? ¿Su aprobación? ¿Quiere confrontar su experiencia política con los grandes principios filosóficos de su juventud? ¿Convencer a Rodríguez para que acepte alguna alta responsabilidad en el gobierno de la República de la Gran Colombia? ¿No es más bien Rodríguez quien, "manejando" a Bolívar, querría conducirlo a todos esos ritos iniciáticos?

El relato de Bolívar hace la pregunta. Pero ni él ni Rodríguez dan una respuesta. Lo que importa es que, a partir de una inocente cacería sin protocolos, van a surgir acontecimientos extraordinarios que Bolívar tratará de mantener bajo su control racional por todos los medios. Interrogándose en una toma de conciencia cada vez más fundamental ¿llegará hasta la locura sin retorno? ... ¿O hasta otro Bolívar, más auténtico? Es un combate que él rechaza al principio, que acepta luego como un desafío, y al cual se abandona al fin por propia voluntad.

Todo hombre público posee varias máscaras. Bolívar tiene una colección: filósofo preclaro, diplomático, estratega, genio político, dandy coqueto, caballero... Pero, en el fondo, ¿no pertenecen todas al mismo repertorio? De repente, es arrastrado mucho más lejos, allí donde los hombres tienen ojos para

ver a través de las máscaras. Y tendrá que afrontarlos a cara descubierta, para poder afrontarse al fin a sí mismo.

Simón Bolívar, el defensor del oprimido tradicional, el indio, se encuentra por primera vez implicado en esta tribu, cuyo comportamiento no comprende: esos hombres viven en condiciones inhumanas, como recogidos alrededor de un núcleo a la vez individual y comunitario cuyo resplandor lo alcanza a él también. Sin embargo, la esencia, la verdad sobre ese "núcleo", no llega a comprenderla. Entonces, ¿por qué se obstina en esas arenas movedizas? ¿Porque esa gente se mueve con una libertad física y espiritual absoluta que no conoció nunca él, el Libertador! Está fascinado, sometido a la atracción de un planeta luminoso, misterioso, y a la vez no puede desprenderse de la órbita de su antiguo planeta, ni lograr la fusión entre los dos.

Bolívar duda de su propia energía para quebrar el "ego" y volverse un ser libre, porque no quiere abandonar nada, ni lo de antes ni lo de ahora. Así se lanza en esta agotadora batalla metafísica cuyo desenlace no está asegurado nunca. Comprende que, en cualquiera de los dos lados, está solo. En la soledad del poder como sustituto del amor, que ya conoce; o bien, como lo explica Gabriel García Márquez (a propósito de un héroe de Cien Años de Soledad), "... a ciertos hombres, la incapacidad de amar los lleva a buscar el consuelo del poder". Si Teresa del Toro, la joven y adorada esposa de Bolívar, no hubiese muerto al cabo de sólo ocho meses de vida conyugal, ¿el curso de la historia en esta parte del mundo habría sido radicalmente distinto?

La otra soledad es existencial. Él la afronta por primera vez, y está horrorizado. Es la aventura interior, sin la cual un ser humano no viene nunca al mundo, muere sin haber nacido auténticamente. No puede ser colmada por nada ni nadie. Es.

Bolívar necesita que otros lo "reconozcan" en el uniforme recargado que se eligió. Renunciar a eso ahora, sería lo mismo que borrar toda su existencia pasada. Y este hombre arrojado, valiente entre los valientes, simplemente tiene miedo. Entonces el jinete sin montura, el caballero sin armadura, se nos acerca al fin, se vuelve humano. Bajo la gravedad del hombre, a veces demasiado conmovido como para pulir las frases, despunta un humor involuntario que nos emociona.

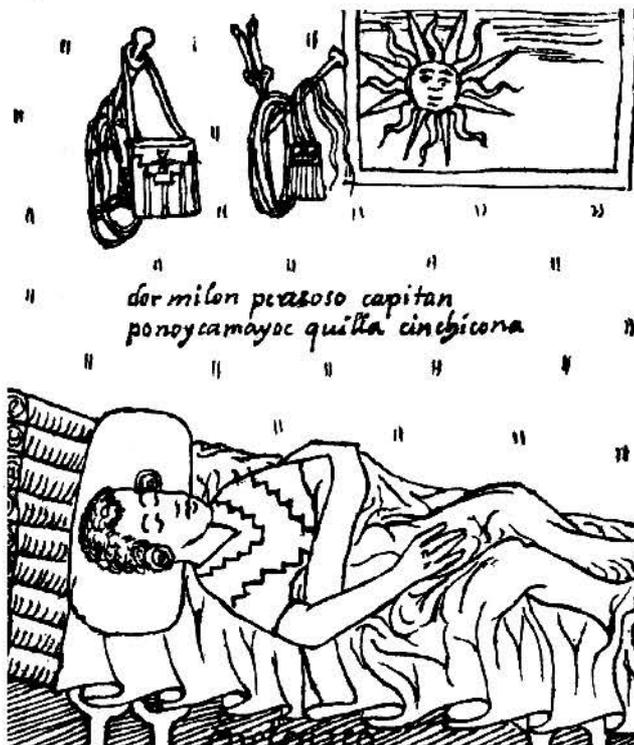
El choque de los acontecimientos dramáticos con los momentos "inspirados" de Bolívar, deja aflorar una emoción auténtica. Se adivina entonces un ser lleno de frescura y de espontaneidad. ¿Sabe él que, sin darse cuenta, ya ha alcanzado ese planeta luminoso que es a la vez verdad y dicha, y por el cual ha sufrido tanto?

El suspenso final es brutal. No está resuelto, y al parecer, para Bolívar tampoco. Estupefacto, deja sus comentarios y preguntas para más tarde. ¿Tal vez nunca se los vuelva a hacer? También es posible imaginar que, de regreso a Cuzco, acosará a Rodríguez con sus interrogantes... ¿O quizás esta última "batalla" vuelva a poner en tela de juicio todo lo que Bolívar aprendió penosamente allí en las montañas? ¿Su mente se niega a ir más allá?

Bolívar no era de esos que retroceden ante los obstáculos.

¹ En Roma, con Simón Rodríguez, Bolívar hizo "el Juramento del Monte Sacro" donde prometió consagrar su vida al propósito de libertar América.





Este manuscrito no debe caer jamás en manos extrañas, ni durante mi vida ni después de mi muerte. Al decir "manos extrañas" me refiero a toda persona que, tras la lectura de este manuscrito, pudiera sentirse autorizada a juzgar al hombre político que soy, y por lo tanto a mi obra. Son pocos los que poseen la clarividencia y la libertad de espíritu necesarias para comprender esta narración.

Mi vida es un libro que cualquiera puede hojear siguiendo el desarrollo de su escritura; todo hombre público debe, necesariamente, afrontar la curiosidad de sus contemporáneos y de la posteridad. Así, pues, en mi vida no hay rincones oscuros ni duplicidad alguna. Lo decidí desde mi juventud: costara lo que costara, mis actos habían de reflejar fielmente mis palabras y mis escritos. Nadie puede acusarme de contradecirme a mí mismo.

No soy tan cándido como para ignorar todo lo que implican estos principios; el ser humano no suele ser tan simple, ni tan grande. Pero mi ambición no es ser solamente un ser humano; yo he sido llamado a encarnar la grandeza de todo un continente. Pocas personas saben, como yo, cuán profundas son la humildad y la abnegación que hacen falta para no dejarse devorar por el orgullo de semejante misión. Un documento como éste, de ser divulgado, puede hacer que se pierda en el ridículo la credibilidad del Libertador, y la de toda su obra, llevada a cabo en casi un cuarto de siglo.

¿A quiénes considero dignos de confianza? El mariscal Antonio José de Sucre es un hombre y un soldado leal e intachable, a pesar de su juventud. He ahí su limitación. Él es precisamente como yo creo haber sido a su edad: monolítico. ¿Qué efecto ejercería en él un escrito tan fantástico? Lo haría dudar tanto de mi razón como de mi honestidad. Nosotros no podemos permitirnoslo. El mariscal es el único hombre en quien yo podría apoyarme en política, como en la batalla. Es más, esta-

mos unidos como padre e hijo. Pero él necesitará siempre un jefe al cual obedecer y respetar.

Manuela estaría encantada de leer este texto, ¡la muy pícaral! El aspecto irracional de los acontecimientos que narro en él, y las interpretaciones que a veces me atrevo a hacer, la llevarían sin duda a creer que me abandono por fin a los dulces misterios de la pasión.

Sólo mi amigo Simón Rodríguez me parece capacitado para ser el depositario de este manuscrito y darle el uso que le parezca mejor. Muchas veces he llegado a sospechar, incluso, que él ha sido el instigador de estos sucesos. Desde algún lugar de este continente, o desde alguna otra parte, yo sé que me observa con benevolencia. Pero no hemos podido tener una entrevista. Aunque él nunca interviene en mi vida, yo creo que Simón Rodríguez es y ha sido siempre mi protector espiritual y mi maestro. ¿Cuál ha sido exactamente su papel en esta aventura? No estoy seguro. Sólo he intentado sincera, aunque torpemente, relatar ciertos acontecimientos extraordinarios que trastocaron mi vida por la forma súbita en que se presentaron y por su extrañeza. También por su autenticidad.

El maestro sobrevivirá al alumno, y sabrá qué uso darle a este manuscrito. Tal es mi convicción profunda.



La tercera vez que nos reunimos Simón Rodríguez y yo, no fue por azar. A decir verdad, yo sabía desde hacía tiempo que mi querido maestro estaba de vuelta en nuestra joven patria, y le había rogado insistentemente por carta² que fuera a reunirse conmigo en estas horas históricas.

De repente se presentó ante mí, tal y como yo lo había dejado veinte años antes en Nápoles. Me es difícil describir la emoción que experimenté al ver a mi querido maestro y amigo, quien precisamente debía decidir el rumbo de mi destino desde los doce años.

Colmado de triunfos y de coronas, me sentía secretamente hastiado de mi soledad de caudillo. . . de no poder confiar en ningún amigo realmente desinteresado. El mismo Sucre, mi verdadero *alter ego*, me ha manifestado siempre demasiado respeto para ser un verdadero amigo.

En cambio, Simón respondió a mi abrazo con su natural un poco rústico, en contraste con las formalidades protocolarias que nos rodeaban. Lo invité a que me acompañara en un periplo de algunos días por el Perú y el Alto Perú; así tendríamos oportunidad de platicar, sin ceremonias, sobre cosas que teníamos en el corazón. Para mi gran sorpresa, él pareció dudar. Verdaderamente, Simón no ha ambicionado jamás honores ni

² "Pativilca, 19 de enero de 1824. Al señor don Simón Rodríguez. ¡Oh mi Maestro! ¡Oh mi amigo! ¡Oh mi Robinson, Ud. en Colombia! [...] Amigo, si tan irresistibles atractivos no impulsan a Ud. a un vuelo rápido hacia mí, ocurriré a un apetito más fuerte: la amistad invoco. Presente Ud. esta carta al Vicepresidente, pídale Ud. dinero de mi parte, y venga Ud. a encontrarme. Bolívar."



lujo alguno. Había que vernos cabalgar uno al lado del otro; era extraño el contraste entre el gentilhomme frívolo que yo me jacto de ser en toda circunstancia, y el hombre a la vez simple y original que es Simón.

Finalmente acepté acompañarme hasta Cuzco. Yo me sentía muy contento al hacerlo participar de tantos triunfos y tantas fiestas. Por el camino de los Incas, Pisco, Ica, Nazca y Arequipa, llegamos por fin a Cuzco.

Cuando nos encontrábamos en la plaza de la ciudad, en medio de una multitud exultante, y se acumulaban a nuestro alrededor los más espléndidos presentes, provenientes de todas partes, yo contemplaba las cadenas de montañas inexpugnables, y los volcanes colosales. Imaginaba el largo camino que me faltaba recorrer antes de que todos los descendientes de los incas que habían escapado de los españoles recuperaran la confianza en su propia patria. En alguna parte de aquellas montañas se habían refugiado, fuera del alcance de los conquistadores. Alejandro von Humboldt y algunos eminentes arqueólogos habían mencionado ese punto en mi presencia veinte años antes, en París.

Simón y yo, cansados de tantas ceremonias, nos valimos de un pretexto cualquiera para aislarnos algunos días de la efervescencia de esa hermosa ciudad: declaré que mi maestro era un cazador famoso en Europa. Simón se encargó de conseguir un ayudante y un guía. Los preparativos de nuestra pequeña expedición estuvieron listos en un día. Yo dejé que Simón tomara la iniciativa de la acción. Le confiamos el secreto a Sucre, y sólo a él. Me sentí algo aligerado de mis responsabilidades, y lleno de entusiasmo. Simón también parecía estar en la mejor disposición. Me di cuenta entonces de que no me había contado nada de sí mismo, ni de esos veinte años; al contrario, como mi vida llevaba tanto tiempo transcurriendo a la vista de todos, aquello apenas me molestaba. Además, me divertía la idea de la excursión a pie, a mí, el elegante jinete que había pasado casi la mitad de su vida montado en un caballo.

Mientras Simón pasaba revista al material, yo lo observaba sin intervenir: escopetas limpias y engrasadas, provisiones, mapas, brújula, medicamentos. . . Me sentía absolutamente tranquilo. Los dos estábamos a nuestras anchas, uno en compañía del otro, como si no hubiéramos dejado de vernos todos esos años, lo cual sólo es posible cuando hay una verdadera amistad. No teníamos necesidad de llenar los silencios, a pesar de nuestra común pasión por la polémica.

Esta expedición me hacía olvidar todas mis preocupaciones, y era para mí un baño de juventud, de adolescencia, de pasión por la exploración compartida, veinte años después de mi "Juramento del Monte Sacro". Quien nos hubiera visto juntos en Cuzco me habría juzgado el maestro, o por lo menos el superior en jerarquía ¡Qué ironía, Simón!³

Tú, el Visionario, el Iniciador, que me abrió en otro tiempo las puertas del ESPIRITU.



Nuestra primera jornada de marcha por un sendero pedregoso fue para mí fatigadora y excitante a la vez. Caminaba. Ejercitaba todo el cuerpo en la caminata, después de no haber hecho más que cabalgar durante mi juventud, de Venezuela a Perú, llevado por empresas apremiantes. Ahora pisaba ese suelo amado, esa tierra, ¡libre al fin! Me sorprendía de no encontrar ningún cambio aparente. Y el corazón de los hombres, ¿habría cambiado?

Debo relatar un suceso sin importancia, que sin embargo dudé en comunicárselo a mi compañero, sin explicarme la razón de esa reticencia. Simplemente, yo fui el único que se dio cuenta de la presencia de uno de esos grandes reptiles que aquí se llaman lagartos o iguanas; el animal era casi invisible, pero al mismo tiempo estaba muy al descubierto, y petrificado como por efecto de un maleficio, aunque a mí me parecía que me hacía señas. La cabeza monstruosa, la espina dorsal erizada, el color de viejas piedras musgosas, todo en aquel animal causaba miedo y hasta horror. Sin embargo, el breve destello que distinguía entre sus pesados párpados, arrugados y semi-cerrados, no me pareció amenazador ni agresivo, no sé por qué. Los demás lo percibieron sin duda como un objeto mineral, y por eso no lo "vieron". Yo me sentí extrañamente envanecido. No porque las iguanas sean raras en estas regiones, sino porque parecía como si yo hubiera sido escogido de pronto, ya que la mirada aguda de los dos indios no había captado nada. Sentí una especie de connivencia con el animal.

El tiempo estaba muy caluroso y seco, pero había en el entorno árboles, hierba y toda clase de plantas, por lo cual estábamos seguros de que encontraríamos muchos lugares donde abastecernos de agua. El cielo índigo permanecía inmutable, sin una sola nube que lo suavizara. De pronto cayó la noche y

³ Simón Rodríguez Carreño fue el preceptor de Simón Bolívar durante algunos años, cuando Bolívar era apenas un adolescente. Se volvieron a encontrar años más tarde en Italia, en el Monte Sacro y juraron fidelidad a sus ideales políticos. Simón Rodríguez fue, quizás, el ser que tuvo la más profunda y durable influencia sobre Bolívar, aunque sus encuentros fueron escasos, y sus trayectorias muy diferentes.

comenzó a hacer frío. Era la hora en que los animales nocturnos, olvidando todos sus temores, se aventuran por la oscuridad.

Nuestra segunda jornada resultó más fatigadora. Habíamos dormido en una cueva estrecha, que debía haber servido de refugio a algún animal salvaje, mucho tiempo atrás. Flotaba en ella todavía un olor penetrante y acre, que ni siquiera el fuego lograba disipar. Simón no había estado de humor para platicar, y yo respeté su estado de ánimo. Teníamos tiempo, mucho tiempo.

La bruma del alba se extendía a nuestros pies, y ello hacía que el camino recorrido la víspera pareciera irreal, como si se borrara después de nuestro paso. A aquella altitud podíamos temer encontrarnos con un puma o un gato montés; debíamos estar atentos a cualquier indicio, a cualquier rastro, a los olores, al menor ruido. En un campo de batalla, nada de eso se me habría escapado, pero ahí donde nos encontrábamos, yo era más inexperto que el último de los novatos. Y sin embargo... me parecía que mi falta de atención y mi ignorancia me hacían más receptivo a ciertos fenómenos "paralelos" que se les escapaban a los demás.

Fenómenos anodinos y carentes de significado particular, tenía que admitir. Y no obstante, inexplicablemente, se imprimían en mi memoria, que permanecía a la expectativa... ¿A la expectativa de qué?

Más adelante llegamos a otro clima. El paisaje se tornó más seco y desnudo. Nos encontrábamos en la "puna". Ocurrió el incidente del cacto, cuya única flor color carmín atrajo a tal punto mi atención, que no resistí el impulso de decapitarla con un machete, y no pude evitar espíname la mano.

Ninguna lógica humana habría relacionado estos incidentes baladés unos con otros. Yo solamente constataba mi evidente falta de concentración en el desarrollo de nuestra expedición. No estaba realmente presente en el viaje; una parte de mi espíritu se evadía de la acción inmediata.

Por primera vez en mucho tiempo, yo no ejercía ningún control en los acontecimientos. Pero ello me parecía mucho más interesante que inquietante, pues lo único que tenía que hacer era permanecer atento, y admirar la manera como Simón nos dirigía.

El ruido del rodar de pequeñas piedras por atrás de nosotros nos inmovilizó a los cuatro. Un gran gato erizado, que sostenía con los dientes a su cachorro, nos miraba fijamente sin poder decidirse a huir. Simón, con un admirable movimiento, lento y continuo, le apuntó con su fusil. Pero el gato montés ya había saltado hacia atrás. Quedamos muy nerviosos, temiendo otro encuentro como aquel. La noche caía sobre el flanco de la montaña, como una gran ala azul. Teníamos que acampar sin esperar más.

Desperté, lleno de aprensión, con la sensación de que me faltaba la mano derecha; como si no estuviera en el extremo de mi brazo. Cuando me deshice de mis cobijas, vi que mi mano estaba monstruosamente hinchada y blanquecina, de un blanco marmóreo muy desagradable. El terror me paralizó; no fue sino al cabo de varios minutos que pude dominar el temblor de todo mi cuerpo. El dedo anular estaba azul, oprimido por mis dos anillos; había que cortar esos anillos inmediatamente, pues



de lo contrario la gangrena no tardaría en declararse. El malestín de boticario, que mi buen Simón había tenido a bien llevar, resultó ser tan completo como inútil. Lo que me salvó, y ello acaso mueva a risa, fue precisamente mi tendencia a cuidar mi aspecto. En mi estuche de manicure había unas tijeras y dos pinzas; pronto había cortado los dos anillos.

Mi suspiro de alivio debió ser lo que despertó a mis compañeros: cuando levanté los ojos, encontré la mirada de Simón, llena de solicitud y afecto. Les ordenó a los dos indios que encendieran fuego y prepararan café. Luego, con las manos cubiertas de pomada, masajé durante un largo rato mi pobre mano, hasta que reapareció en ella una sombra de color. Maldije a la Naturaleza, por engendrar plantas tan maléficas. Simón, divertido, me replicó que la Naturaleza no era maléfica ni benéfica; simplemente ERA, como nosotros. A ello siguió una acalorada discusión sobre el animismo en el universo, y yo olvidé mi desventura por unos instantes.

El café me sirvió para sacudirme el torpor que suele suceder a los grandes choques. Admito que tuve la tentación de recurrir al pretexto del estado de mi mano para convencer a mi compañero de que regresáramos lo más rápidamente posible al valle.

La calma de Simón me ayudó a recuperarme, y reemprendimos el ascenso a la montaña. Yo sentí vergüenza de aquellos momentos de debilidad y estuve menos brillante que en los campos de batalla.

Para mí, los planes de cazar quedaban cancelados. Decidimos tácitamente, ya que mi mano no me hacía correr ningún peligro, que terminaríamos el ascenso, por lo menos hasta las cimas que teníamos a la vista.



A la mitad de la jornada, por el calor intenso que la altitud duplicaba, tuvimos que hacer un alto prolongado. No estábamos más que a unos centenares de metros de la cumbre, ante un paisaje de una magnificencia tan terrible y austera que nos hizo quedarnos como petrificados: el cielo parecía demasiado bajo para esas cumbres caóticas, y los abismos demasiado vertiginosos para la mirada humana. La desmesura en que el Creador se había complacido en ese lugar era escalofriante.

Acordamos que Simón y los dos indios irían a reconocer el terreno alrededor del campamento, para tratar por última vez de encontrar huellas de animales. Yo descansaría mientras tanto. Pero la inactividad de inmediato me resultó molesta. Logré encender fuego, y poner a calentar té. El estado de mi mano, al cual permanecía atento, no me parecía ni peor ni mejor; estaba como inerte, aunque no me molestaba. ¡Qué torpe compañero para Simón!, pensaba yo. Si se hubiera tratado de una hermosa herida de guerra, habría sabido portarme heroico, pero un piquete de cacto me había desarmado totalmente.

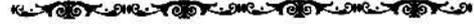
Sin embargo, yo quería hacer algo; pero no había más paliativo para mi impaciencia que escrutar los alrededores, a la espera del retorno de mis compañeros. Así, pues, otra vez me encontraba caminando febrilmente en círculos concéntricos, cada vez más amplios. ¡Vana ilusión del hombre, que cree controlar el universo por la acción! El fuego estaba por apagarse, y yo tenía que buscar leña más y más lejos, aunque no debía alejarme demasiado.

El silencio se llenó de suspenso. Lancé un grito de llamada, como un niño que llamara a su madre en la oscuridad. Empecé a cortar ramas jóvenes y verdes, que producirían mucho humo. Luego me agoté tratando de conservar el fuego. Entre la tentación de echarme a correr hacia las cimas, y la sensatez de darme a esperar en el campamento, me resigné a lo segundo.

Estaba más exasperado que inquieto, por mi incapacidad de encontrar alguna manera de controlar los acontecimientos. Esperar... Mi espíritu se fatigaba haciendo conjeturas sobre la causa de la demora de Simón y los guías. La idea del peligro me asaltó brutalmente. Ya hacía dos horas por lo menos que estaba solo; alimentando ese fuego absurdo y bebiendo té. Llamé de nuevo. Luego revisé para saber qué equipo se habían llevado: escopetas, mapa, brújula. Parecía razonable. Me quedaba una escopeta y municiones; disparé dos veces. El eco retornó lentamente, pero no traía respuesta alguna. Como sabía que los indios sólo excepcionalmente se desorientan, me sentía cada vez más inquieto.

Simón había partido en dirección de la cumbre. Y debía haber encontrado algo verdaderamente extraordinario, para haberse quedado allá arriba.

Pero, ¿y los dos indios? ¿Se habían perdido? ¿Se disponían a reunirse con Simón? ¿O conmigo? Una idea espantosa hizo que mi corazón latiera más fuerte: quizá le habían tendido una emboscada a Simón, y ahora se dirigían hacia mí... ¡Qué imprudencia la nuestra! ¡Debimos mantener a los dos hombres bajo nuestra vigilancia, por separado! Simón iba armado, pero, ¿qué puede hacer un hombre armado contra dos dispuestos a todo? ¡A aquellos que buscaban sin tregua la ocasión de aniquilarme les habíamos dado una oportunidad ideal para un atentado!



Entonces pasé a la acción. En unos cuantos minutos había llenado mi saco, tenía lista la escopeta y me había colocado el cuchillo al cinto. En cuanto a la comida, no me la podía llevar toda, y tomé solamente la que me serviría para sobrevivir dos días. Entonces me puse en camino rápidamente, impulsado por una inquietud mortal por mi amigo. Tenía con qué escribir para dejar un mensaje, pero ello requería reflexión.

Mi orientación era aproximativa. La monotonía del paisaje no me ayudaba, y no había ninguna huella de Simón en el suelo pedregoso. Faltaba poco para que cayera la noche.

Con la caminata, daba rienda suelta a mi imaginación... ¿por qué Simón no había disparado para llamarme? ¿El ataque había sido tan repentino? ¿O era otra cosa lo que había sucedido? La opresión liberaba mi pecho poco a poco. ¿Estarían a la expectativa de algún animal? No me detenía más que a breves intervalos para gritar el nombre de Simón a los cuatro vientos, y





luego continuaba mi marcha, seguro de que en las alturas me aguardaba la clave del enigma. No pensaba en la fatiga ni en mi mano inútil.

Llegué a la cima al caer la noche: era una planicie alargada y estrecha. Simón no estaba en ninguna parte. La otra ladera no era más que una barranca boscosa... y más allá había otra montaña más alta y más abrupta, que no se veía desde el campamento.

Me senté, y me dejé abismar en una somnolencia peligrosa, bajo el cielo violeta y helado. La Naturaleza parecía vacía de toda presencia animal o humana. Tuve la impresión de que me encontraba solo, y el peligro era de otra naturaleza.

Estaba agotado, pero tranquilo. Me puse a reconsiderar cada uno de los pensamientos que me habían asaltado durante aquella tarde.

Simón tenía razón: la Naturaleza no era perversa, sino peligrosa y bella. Me guarecí del viento frío en un pequeño refugio que instalé sobre la ladera de la montaña. Era un excelente observatorio desde el cual al menos podría localizar alguna fogata. Escudriñé el horizonte en busca de algún resplandor o un movimiento furtivo.

Como el espíritu del hombre no puede adentrarse demasiado en el laberinto de las hipótesis, consideré por fin aquella de la cual no había querido hacer caso: Simón y los dos hombres se habían alejado demasiado del campamento para avisarme, y

habían decidido pasar la noche en donde estaban. Allá, en alguna parte, se preocupaban por la suerte que pudiera yo correr, y trataban de dormir en el frío.

La noche era clara como la aurora. Se escuchaba el rumor del viento en los árboles, allá abajo, y los crujidos que provoca el descenso brusco de la temperatura; nada que me pareciera fuera de lo normal. Pero después de unas horas, sin embargo, nada me parecía ya normal.

Yo me acurrucaba en mis cobijas, apoyado contra la ladera. Poco a poco, en vez de quedarme dormido, fui sintiendo un dolor cada vez más fuerte en el brazo. ¡Eso significaba que estaba yo mejor... o peor! *La mañana*, la vieja canción de cuna sudamericana de la espera y la sabiduría... Fue ella la que finalmente me ayudó a dormir, a pesar de mi posición incómoda.

El frío me despertó mucho antes del amanecer. Curiosamente, mis primeros pensamientos no se dirigieron a Simón, sino a la Patria. Con mis compañeros, yo había conocido muchos triunfos. La Libertad avanzaba por toda América a paso lento e inexorable. Todas estas imágenes, lejos de tranquilizarme en cuanto al porvenir, contribuía a mi inquietud.

No ignoraba, de ninguna manera, que era yo el cerebro casi único de nuestra joven república. Si yo desapareciera, ¿quién tomaría el mando? Mi único interés es el de América, a la que he servido durante veinte años. Sin embargo, me han hecho, a pesar mío, ese sol único que calienta y hace vivir a numerosos planetas. ¡Qué peligro para la Libertad! ¡Dictador de la República! ¡Qué absurdo contrasentido!

¿La constitución prevé lo que convendría hacer en caso de que el Libertador desapareciera en alguna parte del Altiplano peruano? Había varias posibilidades; alguna de ellas me ayudaría a tomar la mejor decisión. Cuestión de suerte y de buen juicio.

- En primer lugar, no moverme de aquí y esperar.
- Continuar mi búsqueda en todas direcciones.
- Volver al campamento y esperar.

- Dirigirme directamente a Cuzco o sus inmediaciones. Esta última solución me pareció la más prudente, y la más segura para todos: sin duda llegaría a alguna aldea desde donde podría organizar la búsqueda.

Me tomé bastante tiempo para pensar en mi compañeros. En lo que podía haberles pasado. . . En lo que estarían pensando en esos momentos. . . En lo que quizá esperaban de mí. Sólo estaba seguro de una cosa: lo que les había sucedido tenía que ser muy serio. De otra manera, habrían regresado rápidamente a nuestro campamento, o yo los habría encontrado. O bien, habrían divisado mi fogata, oído mis disparos, ¿qué sé yo? Me resistía a considerar mi decisión de ir en su busca, pues me parecía irreflexiva e imprudente.

Hice algo que nunca había hecho en mi vida: no avancé ni retrocedí. Como ninguna de las soluciones me parecía acertada, no me moví. Una poderosa fuerza de inercia me fijaba al suelo, en aquel lugar preciso.

¡Qué magnífico observatorio! Desde ahí, nada de la tierra ni del cielo escapaba a mi mirada.



De pronto sentí un hambre tan aguda, que tenía que calmarla cuanto antes. Aproveché entonces para hacer el inventario de mi equipaje. Dejé de lado el estuche de boticario, pero conservé su contenido. Llevaba conmigo también la cantimplora, la comida, velas, mantas, la escopeta, el cuchillo y las municiones.

Me puse a masticar carne rancia y seca que me cayó bien, a pesar de todo. Logré preparar té. Dejé el estuche de madera donde habían estado los medicamentos, bien a la vista, con un mensaje en inglés. Todos estos actos me parecieron al mismo tiempo tan solemnes y tan irrisorios, comparados con la indolencia que había mostrado al comienzo de nuestra pequeña expedición. ¿No era aquello producto de mi imaginación? ¿Dónde y cuándo había perdido yo el control de los acontecimientos?

Como aquella planicie aparentemente ya no tenía para mí ningún interés, decidí continuar mis exploraciones por la otra vertiente. Después tomaría el camino de regreso a toda prisa, pues ya no tendría provisiones.

Tomar esta decisión me tranquilizó, aunque parecía ser la menos razonable. En ese momento veía aquella aventura como una batalla que, por inesperada, requería de una gran rapidez de acción, pero también de capacidad de improvisación, de proyectar el espíritu hacia adelante, lejos. Había vuelto a convertirme en un guerrero capaz de tomar la defensiva en ofensiva, lo cual es, quizá, el único secreto de la guerra.

Todo adquiriría sentido. La única incógnita era la suerte de Simón y los dos indios. Pero entonces me di cuenta de la profundidad de mi confianza en la fuerza de Simón; lo sentía lejos, pero sano y salvo.

Al parecer no había ahí seres humanos, ni animales: no se oía ningún ruido, ni se distinguía ninguna carrera furtiva entre la maleza, y, más inquietante todavía, no había aves rapaces volando en lo alto. . . ¿Me encontraba "más allá del nido del cóndor"?



Cuando me eché la bolsa a la espalda, cierto cambio puso bruscamente mis sentidos en alerta. ¿Cómo había podido permanecer tan distraído todas esas horas, sin notar nada? Allí, sobre la tierra, había un tapiz recargado de flores silvestres, amarillas, minúsculas y vivaces como saben serlo las plantas que obtienen su sustento de los excrementos animales. Las cabras habían dejado a su paso una multitud de bolitas negras y secas. ¡Era la señal que esperaba! ¡Decir que aquello me causó euforia no daría cuenta de la realidad! Comencé a descender la otra ladera a toda carrera. . . hasta casi caer muerto por asfixia.

En algún lugar, en aquella barranca, había agua también, lo cual explicaba que la vegetación se hiciera tan densa. Yo me abandonaba a mi descenso por aquella pendiente de la esperanza, corría de un árbol a otro, tocando sus troncos al pasar, me arañaba con las ramas bajas, y creía sentir que la hierba acariciaba mis pies a través de las botas.

No sé cómo, pero corrí hasta el fondo de aquel abismo paradisíaco, mientras mi bolsa me golpeaba fuertemente la espalda. La sombra era una delicia; la luz tamizada por el follaje daba descanso a mis ojos. . . No identificaba todavía ruido alguno, ni olores, sumergido como estaba en sensaciones puras. Ya no había temor en mi corazón. Iba demasiado ligero para que la muerte pudiera seguirme.

De pronto, la frescura se humedeció: supe que el agua estaba ahí, muy cerca. Me quité las botas y entré en ella; estaba helada. El sol no debía calentar esa barranca más de una hora al día ¡Qué diferencia con la "puna" del otro lado! Busqué algún rastro del paso de algún ser humano, y no encontré nada. A la izquierda, la corriente parecía descender ligeramente. Aquel era, según yo, el camino a seguir para llegar a los seres humanos.

Después de la estepa hostil del altiplano, había encontrado ahí el valle del descanso. Seguí el agua hasta la noche, a pesar de mi cansancio y mi hambre ¿Había estado alguna vez perdido?



La imagen de Simón Rodríguez esperándome con impaciencia en el Palacio de Cuzco... Simón proclamado excepcionalmente Dictador después de mi desaparición... Visitando con actitud grave cuarteles y orfanatos. Me gustaban esas imágenes por su incongruencia. En ese instante no estaba lejos de pensar que yo mismo había puesto en marcha toda esa epopeya ridícula. Demasiada imaginación, y falta de control sobre mí mismo. Demasiada complacencia, y poco desprendimiento. Cualquier peón se habría ya dejado de tonterías, y sin envanecerse por ello.

Además, ¿qué importaba ya la suerte que corriera el Libertador? El gran movimiento de independencia que arrastraba a toda América, ¿podía detenerse?

Antes de dormirme, ya agotado, me vino la misma pregunta a la cabeza: ¿por qué mis tres compañeros no habían regresado al campamento? ¿Lo había abandonado yo demasiado pronto?



El sol brillaba allá arriba, en alguna parte, pero todavía tardaría cinco o seis horas en alcanzarme al fondo de mi hondonada llena de verdor. Yo no divisaba en lo alto más que un trozo de cielo helado. Me fue imposible encender fuego con la leña húmeda, y tuve que privarme de un té caliente ¡El servicio, sin duda, dejaba mucho que desear!

Me esforzaba por observar la orilla del bosque, su fauna y su flora, mientras caminaba. No podía dejar que se me escapara la menor oportunidad de encontrar alimento. No me quedaban más que algunas pasas y té. Vi unas bayas rojo carmín que no reconocí, y las dejé. Después, unos arbustos parecidos al avellano, pero las cáscaras estaban vacías. Luego, aumenté mi sigilo, y tuve que caminar más despacio.



¿Habían estado ahí, observándome, y yo no los había visto, ni sentido su presencia! Dos pumas adultos y tres pequeños, manchados de lodo, despedían un olor violento y salvaje. Eran más pequeños, pero más macizos de como los había imaginado. Yo sabía el peligro que representa una hembra felina salvaje en compañía de sus crías. Me quedé inmóvil a unos pasos de ellos,

paralizado por la indecisión. Ellos estaban inmóviles también; nos mirábamos cara a cara ¿Mi inmovilidad absoluta los habrá tranquilizado? Tomando su tiempo, después de algunas lamidas vigorosas a los pequeños, se alejaron sin prisa, hacia la penumbra del bosque. Respiré de nuevo, pero conservé mi inmovilidad todavía algunos instantes, pues me encontraba en medio de "su" camino al agua.

Yo estaba totalmente alerta, con todo mi cuerpo y todo mi espíritu. Procuraba que mi paso fuera más ligero, pero no desconfiado; estaba listo a saltar, a correr o a detenerme en menos de un segundo. Mi mano tenía mejor aspecto, pero no me permitía manipular un arma con eficacia. Conservaba la confianza en mí, aun desarmado, aun amenazado por peligros desconocidos. No obstante, tenía que reconocer también que los momentos de exaltación venían siempre seguidos de algún "incidente dramático". Ello me hacía sumergirme en peligrosos abismos de abatimiento... y de negligencia. Tenía que permanecer alerta continuamente.

El paisaje de bosquecillo comenzó a modificarse poco a poco. Más luz, menos árboles, y agua menos abundante. Volví a tener confianza en que encontraría vestigios de seres humanos, campos cultivados, animales domésticos, casas... En efecto, vi a lo lejos algo que se movía. Era un grupo de animales, una manada que avanzaba haciendo ruido en dirección paralela al arroyo. Y más allá, de nuevo la estepa árida, tacheada sólo por algunos árboles muy altos... Los que habían resistido.

¡Lo demás lo habían mordisqueado, devorado, digerido, un millar de cabras devastadoras y salvajes! Ellas habían dado cuenta también de la otra ladera de la montaña, quizá. Avanza-



ban inexorables. Lo que me inquietaba era pensar que si aquella manada enloquecida mantenía su avance destructor sin que nadie la detuviera, ¿era porque no había nadie!

Pensé en acercarme para intentar ordeñar una cabra, pero la presencia de algunos machos me hizo abandonar la idea.

Mientras las cabras se entretenían por ahí, yo me senté en la ribera para redactar un largo mensaje. En realidad, lo hice más por necesidad de ver claramente en mí mismo que porque tuviera que redactar el mensaje. Cuando terminé, de las cabras no quedaba más que el fuerte olor agrio.

Por fin, el sol estaba en el cenit. Me quité la ropa y me zambullí en el agua glacial. Lavé mi camisa y mi pantalón como pude, y los colgué de una rama. Después, envuelto en las mantas y con gran remordimiento, comí mis últimas migajas. A esa altitud, siempre se siente frío si permanece uno en la sombra e inmóvil. Me ocupé entonces en el ritual del té, a falta de un alimento más consistente. No estaba inquieto; ya había aprendido a comer cuando se podía, y no cuando tenía hambre; pero era la primera vez que tenía que cocinar yo mismo! El hambre me daría, sin duda, la fuerza necesaria para cazar algún animal, si se presentaba la oportunidad. La enormidad de este rasgo de carácter no se me escapaba: ciertamente, yo había matado o hecho matar a más de un hombre, pero la caza me repugnaba de todo corazón. A mi edad, no podía aprender a cazar si no era forzado y a regañadientes.

La vegetación se hacía cada vez más escasa. El primer cacto que encontré no me pareció esperanzador ni mucho menos ¿iba a encontrar la misma desolación del otro lado de la montaña? El río, solapadamente, se había convertido en arroyo. No me decidía a abandonar el abrigo precario de los árboles antes de haber descubierto algo seguro. La otra orilla no me parecía mejor. La noche cayó. Yo no había comido nada en toda la jornada. Mi ropa ni siquiera se había secado. Me vestí temblando al contacto húmedo, y extrañando mi fiel agua de colonia. Y luego, la rutina. . . ¿Cuántas noches como esas me esperaban? Buscar leña para la fogata, construir lentamente el fuego con madera húmeda, extender las mantas. No podía evitar cada anochecer el pensamiento de que podía ser la última vez que viera las estrellas. Después, me sumergía, agotado, en noches cortas y sin sueños.



Me di cuenta perfectamente de que era el hambre lo que me despertó, pero me quedé arropado en la tibieza de las mantas.

Con el espíritu entorpecido y los ojos fijos en el cielo frío, no podía hacer nada. Finalmente, el barullo de unos pájaros me sacó de mi embotamiento. Me interné por lo que quedaba del bosquecillo, en busca de frutos silvestres. . . o de cualquier cosa comestible. No vi más que ramas y hojas. Entonces, tuve la certeza de haber cometido un error: había caminado en círculo por aquel bosque, sin orientarme. Estaba perdido. Doblemente perdido. Me llamaron la atención unos arbustos, quizá una especie de saúco, cubiertos de pequeñas bolitas negras. Probé algunas. Después corté todas las que pude, y las puse en mi camisa anudada formando una bolsa. Al principio pensé en hacer con ellas una especie de compota, pero me acostum-



bré a su sabor en crudo. Y entonces ya nada pudo detenerme. Mi boca y mi estómago estaban llenos de su sabor ácido, que daba sed y sueño. . . ¿O sería la saciedad después del hambre?

Debo haberme dejado sorprender por el sueño. . . Me despertó una fuerte molestia en la cabeza. . . o en el cuerpo; ya no distinguía la una del otro. Mis ojos estaban abiertos, pero lo que veían me era totalmente extraño. No me asombré. No, el malestar no venía de eso. . . Vomité interminablemente ante la mirada distante de dos pumas y una iguana. Había sin duda otros animales, pero yo hice increíbles esfuerzos por no alejarme de aquellos tres, ni siquiera de su mirada. Me sentía demasiado peligrosamente separado de mi ser habitual para permitirme andar de aquí para allá, como un paseante.

El esfuerzo de mantenerme "uno" se hizo agotador. Finalmente, acepté disociarme en dos, uno de los cuales permanecía siempre muy cerca de los pumas y de la iguana. Ellos no intervenían. Los vómitos se repitieron durante bastante rato. Me felicitaba de que mi vanidad hecha pedazos no fuera vista por testigo alguno. Quise hablar, pero el primer sonido que proferí fue tal, que caí ensordecido por la intensidad de los ecos amplificadas que produjo en mi interior. La otra parte de mí mismo parecía un poco afligida por el espectáculo, pero parecía también incapaz de hacer nada.

De pronto sentí que las dos partes iban a fragmentarse en una infinidad de partes minúsculas. Los restos de mi persona comenzaron a caer y a desaparecer, y yo me apliqué a la tarea

imposible de reunirlos. Los animales estaban silenciosos y no me prestaban atención. Estaba solo, y había llegado al punto en que me arrastraría la desesperación. El malestar se hizo tan insoportable, que quise pedir ayuda. En el momento en que iba a gritarle algo al puma para liberar aquel cataclismo interno, tan indignante por su estridencia, me encontré con su mirada. La nada, el caos, adquirieron un ritmo acuático. . . Y yo me abandoné a la deriva.



Una energía desconocida, y agradable, circulaba por mi cuerpo, pero yo no abría los ojos. Quería identificar estas nuevas sensaciones, y relacionarlas con la pesadilla que, bien lo recordaba, las había precedido.

Todo mi cuerpo, aunque bien cubierto, estaba envuelto de frescura. Las mantas ásperas dejaban libres mi cabeza y mis manos. Al moverme produje un ruido como de hojas; metí las manos, y encontré unas hojas secas y aromáticas. Cuando traté de "volver a cruzar el puente" entre el pasado y el presente (¿de dónde me venían esas palabras?), fracasé en mi empeño. Pero la angustia me había abandonado, dejándome una intensa curiosidad.

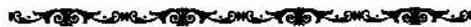


Intenté salir de mi confortable bolsa de dormir, pero el frío del exterior me disuadió. Sin embargo, me encontraba guarecido en una choza cónica de madera, tapizada de pieles y mantas de diversos espesores. El contenido de una olla de barro hervía en un fogón de grandes piedras.

Alguien, de espaldas a mí, hacía algo en la penumbra, y sin embargo observaba cada uno de mis gestos. Llamé muy bajo, y



se escuchó un graznido de pájaro enfermo. Tenía la garganta inflamada y dolorida. Yo no tenía idea de lo que pasaba: me encontraba en alguna parte con un desconocido, y no sentía la menor prisa por volver a la vida. En efecto, algo había interrumpido el curso de mi vida ¿Cuánto tiempo había durado esta interrupción?



Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. La persona aquella se volvió hacia mí y me tendió un paquete de ropa. Era un indio o una india, que portaba vestiduras gruesas y abigarradas, y en la cabeza una especie de gorro con orejeras.

¿Por dónde debía comenzar? El indígena volvió a tomar el paquete y me pasó las prendas una por una. Aquella ropa me pareció práctica, ya que no estética, y pronto tuve la agradable sensación de que me hacía entrar en calor. Pregunté por mis botas a señas. Ahí estaban, lo mismo que toda mi ropa, mis mantas, mis armas y lo demás. Al colocarme el gorro con orejeras, el contacto de una barba hirsuta me sorprendió desagradablemente, por lo que significaba. . . ¿Días, semanas quizá? ¿Había estado enfermo? ¿En peligro?

Mi intuición me decía que aquel indio, junto con otros, me había salvado de una muerte segura. Le hice algunas preguntas breves, pero no parecía comprender, ni siquiera escuchar. Me dio un jarro lleno de un líquido humeante. Deseé que fuera café, y al darme cuenta de mi remilgo me rei en voz alta. La persona se volvió, de modo que me oía. No había ninguna hostilidad en su rostro. . . ¿La sombra de la sombra de una sonrisa? La bebida me dio calor, y quise salir para explorar el lugar. Comprendí entonces el por qué de toda aquella vestimenta: hacía un frío que casi cortaba la respiración. Pero el día era muy hermoso; el sol caía implacablemente sobre la nieve. Un poco más abajo, la niebla formaba un acolchado tan grueso que era imposible imaginar lo que podía haber debajo. Sólo emergía el caos de dientes rocosos, azulado por el hielo y la nieve.

Conté una decena de chozas similares, dispuestas en un amplio círculo. Nada que se pareciera a los paisajes andinos que yo conocía. Me sentí emocionado ¿La altitud? Cinco mil metros, más o menos. . . Había en ese lugar tantos misterios a esclarecer. . . y a los indígenas no les gustan los impacientes. Probablemente no hablaban español, sino quechua.



Toqué a la entrada de una choza, y nadie me respondió. Había gente en el interior, sentada alrededor del fuego con las piernas cruzadas. Alguien me hizo una seña para que me uniera a ellos. Me sentí embarazado por no poder distinguir a los hombres de las mujeres por sus vestiduras. . . ni por sus rasgos, sus ornamentos, ni su comportamiento. Y en cuanto a las voces, parecían no tenerlas.

Finalmente, me dirigí a una mujer de busto imponente (al menos, pensé que era una mujer). Le hice algunas preguntas, en el tono más sereno e indiferente que pude ¿Qué me había



sucedido? ¿Me habían encontrado lejos de aquel lugar? ¿Cuándo? ¿Sabían ellos algo de Simón y los dos indios? ¿Quiénes eran ellos? Añadía algunas fórmulas de cortesía usuales en el continente. Y observaba atentamente todos los rostros: no vi en ellos ninguna reacción.

Corrí a buscar unas hojas de papel y un lápiz en mi equipaje. Dibujé laboriosamente algunas escenas: Simón, los dos indios y yo escalando la montaña. Después, Simón y los guías alejándose y dejándome solo. En la última escena me encontraba yo solo, con cara perpleja y triste.

En silencio, mostré la primera página. Todos los ojos se volvieron hacia mí. Señalaba el dibujo con el dedo. Nadie manifestó la menor curiosidad; era yo a quien observaban. Yo no comprendía. Lo mismo ocurrió con el segundo dibujo. Coloqué las hojas de papel en orden sobre el suelo, y esperé. Nada ocurrió. Traté de describir las mismas escenas con mímica y gestos expresivos. Aquello causó mayor agrado, pero de una manera pasajera, y no quedaba clara la relación del pasado y la representación que yo trataba de hacer ¡Me sentí descorazonado! En el aislamiento de aquellas montañas, esos indígenas se conservaban más primitivos de lo que yo había temido.

De repente se levantaron todos y salieron. ¿Cómo interpretar una reacción tan inesperada? ¿Desprecio? ¿Falta de interés? ¿Pudor? ¿Hostilidad? ¿Por qué no sentían ninguna curiosidad por mí? ¿Por qué me contrariaba su silencio? ¿Por qué me habían salvado, cuidado y conservado con ellos, tan lejos, seguramente, del lugar donde me habían encontrado? Reconstruí fácilmente el itinerario del pasado al presente, y del presente al pasado: yo había estado muy enfermo, envenenado por las

pequeñas bayas negras; había tenido a la muerte a mi lado, durante un lapso interminable ¡Y ellos la habían ahuyentado! ¡No podían ser indiferentes!

Había muchos asuntos que me proponía atender, pero estaba convencido de que todos ellos dependían, antes que nada, de la comunicación que lograra establecer con la tribu. Empleaba, para mí mismo, la palabra "tribu", que abarcaba el concepto conocido de grupo con una organización, una jerarquía, costumbres familiares, ritos, una religión y, sobre todo, preceptos morales. Debía dirigirme al jefe, a la única persona, probablemente, que tenía el poder de decidir.

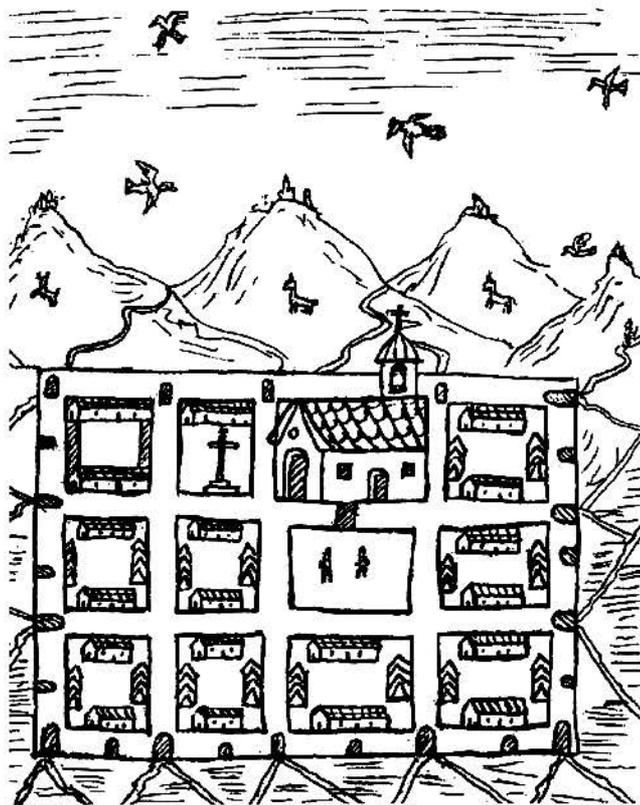
Una peregrina idea hizo de pronto que perdieran fuerza los latidos de mi corazón. Mi espíritu se quedó suspendido. ¿Y si en verdad había pasado al "más allá"? ¿Si nada de aquello en lo que creía vivía ya, ni era real? ¿Si ese mundo extraño y frío, y esos seres incomprensibles, pertenecían a la otra vida? Sentí una tristeza tan avasalladora, que fue grande mi deseo de correr lejos de aquella montaña helada, y tratar de recuperar mi vida. Pero comprendí al mismo tiempo que mi apego a la vida demostraba que estaba bien vivo.

La idea de que me encontraba entre gente extraña, pero no hostil, y que tendría que convencerla por medios que todavía no conocía, yo, que había dirigido millones de hombres por la sola autoridad de mi palabra, representaba un desafío nuevo. Pero no había tiempo para elaborar una estrategia sutil; era ya demasiado tarde quizá...

Mi desaparición favorecía los designios de todos aquéllos a quienes no les convenía la independencia de América. Sucre y otros más, muchos otros, estaban en gran peligro. ¿Cómo hacerles saber que yo estaba vivo? ¿Sabrían aquellos indígenas quién era yo? No me trataban con ningún miramiento especial, ni con curiosidad alguna. Sin duda, se trataba de observaciones basadas en mis propios criterios, puesto que no había salido un sonido de sus bocas, ni había aparecido expresión alguna en sus rostros imperturbables. ¡Extraña neutralidad hacia un guerrero como yo!

Tenía hambre, y entré en la primera choza, llevando mi bolsa. Había algo de movimiento, pero nadie reaccionó a mi llegada. Era todavía muy temprano. No hubo respuesta a mi llamado a la puerta, ni a mi interrogación. Cuatro personas estaban en cuclillas alrededor del fuego, y tenían sendos tazones en las manos. Me hiqué y me serví torpemente, molesto por tener que hacerlo yo mismo sin saber si estaba autorizado. Aquello estaba bueno, aunque muy condimentado. No hubo ningún cambio visible ni audible, aunque cierta armonía, cierto ritmo se sentía entre ellos, y yo estaba excluido. Acechaba todos los signos imperceptibles, como se observa a un jugador de cartas tramposo. Era yo el espía que desconfía hasta de sus salvadores. Estaba vivo, sus casas estaban abiertas para mí, me ofrecían su comida... Decidí esforzarme por ser paciente, y comportarme como ellos en todo. A menos que alguien me hiciera comprender que esperaban de mí otra conducta.

Tres personas se levantaron, tomaron una especie de lazo que estaba colgado sobre la pared y salieron. Yo las seguí. El sol calentaba un poco más, pero este viento mordaz no se calmaba ni un momento. Lo que tenía ante mis ojos era demasiado grandioso, demasiado magnífico para describirlo con exactitud. Los picos nevados, afilados como agujas, las cordilleras colosales, cortadas por abismos de sombra violeta, amenaza-



dora. Uno comprendía que el sol, aunque implacable a esas alturas, no tenía ningún poder sobre todo aquello, si no era el de arrancar destellos hasta de las menores facetas de ese diamante enorme.

Caminábamos por la planicie, en la atmósfera enrarecida, y yo me sofocaba siguiendo a mis guías en la nieve. Llegamos al borde de la planicie; ahí entramos por un estrecho pasaje que descendía entre los peñascos. No había ninguna dificultad considerable en la marcha, excepto la abundancia de nuestras vestiduras, que entorpecían todos los movimientos. Yo avanzaba a duras penas. Llegamos a las cercanías de una especie de cascada congelada. Las cuerdas, que tenían gruesas piedras, sirvieron para romper el hielo. Después, llenamos de agua diez odres. Estábamos todos al borde de un agujero lleno de agua. Percibí a mi derecha un movimiento extremadamente rápido, y de repente había sobre el hielo un pez muerto ¡Y muy pronto, otro más! ¡Ellos pescaban como los osos! Todos mis compañeros, cada uno cuando le tocaba su turno, metían al hoyo las manos azulosas por el frío, y las sacaban asiendo un pez. Inmediatamente se secaban, se ponían sus guantes, esperaban un momento, y todo recomenzaba, siempre manteniendo un ritmo.

¡Cuando llegó mi turno, metí la mano y casi aullé de dolor! La quemadura era atroz, pero no pude sacar la mano del agua ¡Aparentemente, había espantado a todos los peces!

Alguien me ayudó a retirar mi mano, que ya estaba adormecida. Me volví a mirarlos, creyendo que se burlarían de mí, pero cada semblante parecía ocupado en la tarea ¿Cómo era que el pez se dejaba atrapar? ¿Cuál era la estratagema? ¿Los pescadores se embadurnaban las manos con algún sebo espe-

cial? ¿O la luminosidad que penetraba por el agujero atraía, de una manera irresistible, a los peces atarantados?

Miré de reojo al indio que estaba más cerca de mí, y me sorprendió un destello de risa en su mirada, como si estuviera jugando con un niño. Fue tan fugaz que al instante siguiente dudé de haber visto nada en aquel rostro tallado en madera.

Las manos de aquel indio, lo mismo que las de los otros, eran al mismo tiempo poderosas y delicadas. . . Manos "femeninas-masculinas" que me dejaron perplejo, pues yo estaba seguro de encontrarme entre un grupo de hombres. Las mujeres estaban probablemente en la aldea, ocupadas preparando los alimentos, atendiendo a los niños, confeccionando vestidos, en fin, en sus tareas tradicionales.

De pronto, sin transición alguna, los hombres comenzaron a desvestirse. Yo titubeé, no por pudor, sino porque pensé que el frío me mataría, y me desvestí lentamente. Nadie me prestó ninguna atención particular. Observé la misma armonía en sus movimientos, hasta los más espontáneos. En cuanto a mí, ¡iba siempre a contratiempo!

Lancé un grito ¡Estaban completamente desnudos! ¡Eran dos mujeres y un hombre! Todos eran igualmente musculosos y de piel firme, hasta las dos mujeres, una de las cuales tenía seguramente más de sesenta años. Los mismos gestos esenciales y graciosos, la misma ausencia de incomodidad de los unos ante los otros por sus cuerpos, sus edades, por aquello que yo habría llamado "belleza" del otro mundo. Eran hermosos. Se abrazaron afectuosamente, y después cada uno se fue metiendo al hoyo, para salir inmediatamente. Los demás tomaban al recién salido y le daban una fricción en el cuerpo que parecía ser muy violenta. . . Supongo que era necesario hacerlo con toda rapidez y fuerza, para que no muriera.

No me animé a zambullirme, y creo que tuve razón. Aun así, mis compañeros tuvieron que darme una buena fricción antes de que volviera a vestirme. Para entonces, ya todos estaban vestidos de pies a cabeza. La mujer de edad se volvió hacia mí y me puso sobre los hombros su propio abrigo de piel. Quise rehusarme, pero ella apoyó las dos manos sobre mi espalda, y supe que sería inútil. Luego ella se quitó un anillo de uno de sus dedos y me lo puso en el anular de la mano derecha. Sin pensarlo, me deshice del anillo de oro que no me había quitado desde la muerte de Teresa, y se lo puse en su dedo frío.

Aunque yo sabía que aquel acto no tenía ningún propósito simbólico preciso, me resultó incomprensible. No había solemnidad, ni se sentía tristeza entre nosotros. La mujer, sin titubear, se alejó en dirección opuesta a la de la aldea.

En el camino de regreso, sentí de pronto miedo por una oleada de naturaleza desconocida que me invadía, tan violenta como tranquilos y distantes parecían estar mis compañeros. Tuve miedo de una cólera monstruosa que amenazaba con cegarme. Había oído de ciertas costumbres bárbaras que tenían los indígenas, aunque jamás las había presenciado. Me había mantenido siempre escéptico al respecto. Pero en aquel momento acababa de ser involucrado en la más salvaje de esas costumbres, y no podía aceptarlo. Sin embargo, había mostrado una inercia absoluta. Había aceptado tácitamente que se me utilizara para ciertos fines que reprobaba radicalmente. Me eché a correr por delante de mis compañeros, me alejé de ellos,

volví a acercármeles para hablarles y gritarles mi cólera, mi rebelión y, sobre todo, mi rechazo.

El silencio me respondió. Estaba solo en la nieve, y moriría ahí si no me decidía cuanto antes a caminar. Por suerte, las huellas frescas eran fáciles de seguir, pero no pude encontrar las de la mujer. Aquello me dejó perplejo y al mismo tiempo me tranquilizó. . . Esperé algún acontecimiento mágico que lo explicara todo.

Decidí volver a la aldea. Más allá de cierto nivel, el frío se convertía en un enemigo mortal. Mi espíritu ya se estaba entorpeciendo, y el sueño comenzaba a vencerme. No tenía yo más refugio que aquella aldea. Cada vez que me acordaba de la mujer, veía sólo sombras inciertas.

Mi curiosidad fue atraída, a pesar mío, por unos resplandores rojizos que se distinguían en la aldea. Había varias fogatas dispuestas en círculo, y al centro la temperatura era clemente, a pesar de la hora. Las chozas estaban abiertas. Observé una gran actividad, aunque apacible. Se preparaban alimentos en grandes ollas, de cuyo contenido la gente sacaba un poco con sus jarros. Nadie me demostró hostilidad ni sorpresa, ni yo me molesté por escrutar todos esos rostros iluminados por las hogueras. No reconocí a nadie.

Bebí yo también del líquido con sabor a fruta, y muy pronto me sentí reconfortado. Alguien me pasó un plato con comida humeante. Comí y bebí. . . mi cuerpo recuperaba las fuerzas, y mi espíritu parecía olvidarse de toda angustia.

Me levanté por fin, entorpecido por la fatiga y el sueño. El choque fue tan fuerte, que volví a caer de rodillas. La música estridente me había sorprendido por todos lados a la vez. Reconocí los instrumentos andinos típicos, pero el conjunto era realmente insólito, y no tenía nada que ver con ningún tipo de armonía que yo conociera, de modo que me dejé llevar por la música sin analizarla.

Había historias que se entrecruzaban, leyendas antiguas, y luego, de repente, la música parecía burlarse de sí misma. Esta farsa tácita me llenaba de esperanza, y entonces escrutaba los rostros con la mayor atención. Aquí y allá notaba un esbozo de sonrisa misteriosa, indicio de algún secreto importante que quería compartir.

Y luego, con el canto agudo de las flautas altivas los ojos se tornaban de nuevo impenetrables. . . y yo quedaba excluido. Bebí más de aquella buena y fresca bebida. La música se hacía más intensa por todos lados, como si nuevos músicos se fueran uniendo a los primeros poco a poco. Yo estaba cercado, envuelto, excitado.

No descendía por ningún valle. . . Escalaba aún más alto, con admirable facilidad. Ascendí tanto como las flautas y los charangos me indujeron a hacerlo. Y allá arriba haría lo que me placiera, pues ni la música tendría ya poder sobre mí.

Fue como un malestar imperceptible, un vértigo, y traté de asirme al hombro de mi compañero más cercano. Como me encontraba a unos tres metros de altura en el aire, encima del fuego, mi mano encontró el vacío. La sensación de volar me era familiar, en cierto modo, pero era la primera vez que la vivía realmente, es decir, con *todos mis sentidos*. Volaba por encima

de ellos, y ellos tenían los ojos alzados hacia mí. No experimentaba ningún orgullo particular, sino solamente cierto asombro de que nadie quisiera acompañarme allá arriba. En el suelo no me habría atrevido a bailar, pero en el aire todo era tan ligero que no tenía más que dejarme llevar por el aliento caliente del fuego. Algún elemento desconocido de mi persona me había servido como "impulso energético", pero después yo sabía bien que era yo, solamente yo, quien me hacía moverme en el aire.

Noté que los movimientos bruscos me hacían elevarme todavía más, y entonces me resultaba más difícil descender. Así pues, tuve cuidado de balancearme suavemente en sentido horizontal.



Tenía sed, y traté de alcanzar la enorme jarra donde veía reverberar el líquido negro. Tendí la mano hacia abajo, y encontré un brazo extendido hacia mí con una copa llena, cuyo contenido bebí ávidamente. Era agua. Bajé sin hacer ruido.

La música había cesado. Alguien entonaba un canto inhumano y sobrealgado. . . ¡Salí huyendo y aullando de espanto! Alguien me siguió. Logré correr durante algunos momentos, sacudido por espasmos terribles. Sentí que dos brazos me asían por la cintura sin ninguna delicadeza, y luego ceñían mi tórax. Un aplastamiento lento, que me paralizó de horror. Dejé de luchar. . .

La presión se hizo tan fuerte que me impedía respirar. Mis costillas crujieron. Después empecé a vomitar oleadas de líquido.

Inmediatamente, la presión cesó. Volví a vomitar. Buena parte de la noche debe haber pasado así. Yo estaba en cuclillas, o de pie, o acostado sobre el suelo, despojado de toda voluntad propia. Comprendí que alguien trataba de impedir que muriera. Yo había perdido toda fuerza, toda resistencia.

No se pronunció una sola palabra en toda esa noche. Durante los breves intervalos en que yo tenía conciencia de la presencia de aquella persona, le hablaba largamente, pero ella no me respondía.

Tocaba su cara, sus manos, su pelo, su manto cargado de olores, y me sentía reconfortado una y otra vez por la realidad tangible que emanaba de todo eso. Pero esos intervalos no duraban más que unos segundos. El resto del tiempo no podía fijar mi atención en nada, sin que el pozo en movimiento se cerrara sobre mí con tremenda velocidad. También el resplandor del fuego me causaba temor. Deseaba con todas mis fuerzas alcanzar el fondo del pozo y detenerme allí. . . Terminar con sus círculos, sus tirabuzones, volutas, espirales y hélices; en todo esto residía, para mí, el verdadero peligro. A veces, volaba en pedazos.

Yo no sabía en dónde estaban los otros, ni qué estaban haciendo. No podía caminar, ni moverme, ni abrir los ojos, ni dormir ¿Acaso alguien me había llevado a una de las chozas? Los dientes me castañeteaban, y pronto ese ruido infernal me ensordeció. Después sentí las vibraciones de un ronroneo regular y apacible, cuyo origen no supe sino hasta que mi mano tocó el cuello de la persona que siempre me acompañaba. No era un canturreo, ni un ronquido; era el ronroneo de un gran gato que se balancea él solo, con profunda satisfacción.

Mis dientes dejaron de castañetear. Ya no estaba vivo y muerto a la vez. Me encontraba envuelto en unas mantas como un recién nacido. Alguien me sostenía en sus brazos, y me daba calor.

Soñé que acompañaba a mi amiga, la mujer de edad, tan lejos como me era posible, y ella me hacía comprender que era tiempo de que yo volviera a la vida, como quiera que fuera. Este retorno tenía un sabor un poco triste, pero ineluctable. . . Ya no comprendía mi rebelión anterior.

¿En qué idioma habían cantado? Me esforzaba por resolver este enigma. Quería estar consciente, lo suficiente para reflexionar sobre los acontecimientos "reales", pero no totalmente despierto, para aprovechar esas informaciones libres que a menudo flotan en el éter del semisueño. La palabra "real", meramente aproximativa, me pareció tan cómica que me reí, y me desperté completamente.



Era de noche otra vez, lo cual me hacía suponer que había dormido un día y una noche, después de la noche de la fiesta. Me habían cambiado la ropa, pero curiosamente yo, que suelo ser puntilloso en cuanto a mi arreglo personal, no sentí ninguna vergüenza de haber transpirado por todo el cuerpo ¡Las miasmas del pozo!

Busqué a mi acompañante, pero estaba solo en la choza. No había luz en los alrededores, ni ruido. Bebí el agua que me habían dejado. Al moverme, aplasté las hojas aromáticas, que crujieron

Permaneci tendido, y tan tranquilo como era posible en aquellas circunstancias. Traté de reconstruir algunos momen-

tos de la noche de la fiesta y del día que la había precedido. Alejar mis terrores y mis arrebatos. . . Hacer un vacío. Después evocar las imágenes una a una, y encontrar el hilo lógico que las unía unas con otras. Todo mi ser se rehusaba a creer en el simple azar. Era yo diferente, "después", de lo que había sido "antes".

Primero, la mujer. Luego la pesca, las abluciones, los regalos que ella me dio, y lo que yo le di a cambio. Después aquella mujer se fue caminando por la nieve, pues había llegado la hora en que debía morir. Por fin era yo capaz de considerar mis temores sin resistencia ni espanto.

La fiesta. Había llegado a la aldea de noche, cuando la fiesta comenzaba ¿Se estaría celebrando algún acontecimiento? ¿La muerte de la mujer? No estaba seguro. Ni siquiera sabía si ella había estado entre los participantes.

Bebí mucho, de una bebida que no contenía alcohol, sino probablemente alguna otra cosa ¿Alguien me había obligado a beber? Yo no hice más que imitar a los demás. Pero me excedí, aunque alguien me dio de comer, sin duda para atenuar los efectos de la bebida.

¿Los demás habían experimentado lo mismo que yo? No podía contestar a esta pregunta, pues había estado totalmente absorbido en mí mismo, y no vi a los otros más que casualmente. Sólo estaba seguro de una cosa: la persona que me había acompañado había permanecido lúcida; al menos lo suficiente para saber lo que debía hacer conmigo ¿O también esto lo había soñado? Era absolutamente necesario que hablara con esa persona.

Cerré los ojos. Volví a verme volando con gracia por encima de los demás. Pero ahora me contemplaba desde abajo, como ellos debían haberme visto. Aunque durante mi "vuelo" había tenido una visión desde lo alto, como si volara realmente. Las sensaciones que experimenté, la perspectiva con todos esos rostros enrojecidos por el fuego y vueltos hacia mí. . . Todo eso había sido muy real.

Escuché otra vez fragmentos de la extraña música, y luego. . . las palabras que habían llegado hasta mí a través del silencio de aquello que jamás se dice. Había, pues, algo diferente de las palabras pronunciadas: un lenguaje no articulado que yo también había captado sin asombro. Como si fuera para mí tan natural como para ellos.

Ahora estaba otra vez inquieto, elaborando hipótesis, buscando respuestas, perdido en la abundancia de mis referencias personales. Y en su inutilidad. De nuevo solo.

Tuve que reconocer que, ciertamente, había sido visto con indiferencia, pero se me había cuidado con benevolencia cada vez que (por mi culpa) había ido demasiado lejos. Me habían dejado en entera libertad, pero yo adivinaba que al mismo tiempo velaban por mí.

Nadie había manifestado cólera, desprecio ni superioridad en relación con mi persona, ni tampoco servilismo. Nadie me juzgaba. Yo no había hecho más que juzgarlos. Había perdido la cuenta de los días o las semanas que habían transcurrido desde nuestra salida de Cuzco. La idea de que podían haberme

llevado muy lejos del lugar donde caí inconsciente no tenía ya nada de inverosímil para mí.

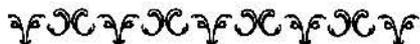


Los ruidos leves de un ir y venir me sacaron de mi ensoñación. Por la puerta entreabierta percibí la cruda luz del mediodía. Dos indígenas se ocupaban en su trabajo de alfarería. Me arrodillé a su lado y me quedé inmóvil, totalmente silencioso. Yo hice ninguna pregunta, ni ofrecí mi ayuda.

Ahí estaba yo; el sol me calentaba la espalda. Podría haber sido un perro que tuviera mucho que oler y nada que decir. Mi espíritu flotaba como una pompa de jabón. Observaba esas hermosas y expertas manos torneear, alisar, humedecer el barro rojo. El indígena puso pausadamente a un lado la pequeña vasija de barro, con las otras, tomó mis manos entre las suyas, y yo entendí claramente: "Las tuyas también son hermosas y expertas." No se pronunció una sola palabra. Sin embargo, yo estaba convencido de haber escuchado esa frase.

Yo no estaba demasiado sorprendido por mi descubrimiento. Era yo quien había trastornado los mensajes que me instruían, detenido las vibraciones, interrumpido el silencio.

Respondí por la misma vía que me gustaría aprender a usar mis manos en algo distinto al ejercicio de las armas. Como ella. Curiosamente, había recibido simultáneamente este otro mensaje: "Tú estás desconcertado al no saber quién es cada uno de nosotros. Yo soy una mujer."



Me puse a trabajar una bola de barro húmedo, todavía tibio después de haber sido amasado. Poco después me di cuenta de que esos momentos de comunicación perfecta eran raros. Ya no era capaz de alcanzar la disposición de espíritu necesaria, de olvidar: de todas las preguntas y esa letanía interior que siempre me había acompañado. ¿O era que lo intentaba demasiado? Forzaba con todas mis fuerzas algo que no existía más que en la disponibilidad más suave y natural. Sin embargo, había comprendido, al menos lo esencial. Comencé a evitar las preguntas directas, las interrogaciones brutales. Por ejemplo, si quería preguntar algo como:

—¿Puedo acompañarlos de cacería hoy?

No podía haber una respuesta positiva ni negativa. Yo concluía de ello que la más apropiada podía ser:

—¿Qué quieres decir? Nadie puede decidir lo que debe hacer otra persona.

Ello suprimía la respuesta, y por lo tanto la pregunta. Yo me veía devuelto a mí mismo. A mi absoluta responsabilidad, sin que fuera necesario establecer la comunicación, ni siquiera tácita.

¡Pero qué ansia! ¡Qué vigilancia de uno mismo! ¡Un aprendizaje de la vida totalmente nuevo! Por ejemplo: ¿habría yo

bebido el líquido aquel si alguien me hubiera advertido: "Cuidado, puede ser peligroso para tu espíritu y para tu cuerpo"? No podía imitar ciegamente a aquella gente, pues no tenía su misma experiencia, ni improvisar al azar, esperando el auxilio de mis ángeles guardianes. La muerte se me había acercado ya varias veces.

Sobre todo, nuestros caminos se habían juntado por el momento, pero yo esperaba volver a reunirme con mis compañeros, retomar mi lucha, en fin, mi vida, allá donde las había dejado. De modo que no me abandonaba enteramente y sin reticencias a esta nueva dimensión.

Pero también es cierto que sentía una intensa curiosidad, y que estaba dispuesto a llegar todavía más lejos en aquella liberación de mí mismo. . . con la condición de que pudiera retornar al punto de partida en el momento en que lo deseara. Tenía solamente una intuición de lo que tendría todavía que dar de mí mismo.

Evidentemente, era yo libre de elegir el día y la hora de mi partida. Pero todavía no estaba listo. No solamente faltaba esclarecer un misterio, sino que también había que hacer preparativos materiales, planear la acción, calcular las provisiones según ciertos datos que yo ignoraba: la altitud, la distancia de ese lugar a Cuzco, el itinerario. . . ¿Estaba todavía en Perú? ¿Quiénes eran esos indígenas? ¿Qué relación mantenían con nuestra civilización? ¿Qué se proponían hacer conmigo? ¿Me ayudarían a tomar mi camino de regreso? . . .

Observaba ahora con mayor atención las pequeñas chozas, y no encontraba nada misterioso ni sorprendente (aparte del mutismo de los niños, de ellos también). Aquellos indígenas no eran más primitivos que los de mi tierra.

Desde luego, todos los fenómenos que yo había experimentado se podían explicar por el estado de conmoción y de debilidad en el que había sido llevado a ese lugar, después de duras pruebas. La soledad y el silencio habían provocado quizá las "alucinaciones". Lo que importaba realmente es que estaba solo, absolutamente solo para vivir mi propia vida, y asumir sus enigmas aparentes. Como cualquiera de aquellos hombres. Como todos los seres humanos.

Yo jamás había sentido tanta compasión por mí mismo, ni tantas razones para caer en la desesperación. Pero creo que aquella fue la última vez. Me resistía a la tentación (¡no sin cierto cálculo!) de arrojarme a sus pies y suplicarles que me ayudaran. Debía encontrar la solución yo solo.



Caminé hacia el este, hasta el borde más abrupto de la planicie, donde el cierzo me tiraba al suelo peligrosamente, y luego me levantaba bruscamente para arrojarme al abismo. Ahí me encontraba muy cerca del "techo del mundo". La visión de toda aquella belleza glacial, intocable, me hacía extrañar las praderas, las flores tropicales y las multitudes vociferantes. Tenía sed de amistad, más que de poder.

¿Por qué aquella gente había escogido un lugar tan inhóspito? ¿Sólo por huir de los españoles y de la esclavitud? Lamenté

mi incapacidad de entrar en contacto profundo con los seres humanos ¿Lo esencial se me escapaba siempre porque me sentía constantemente impelido hacia adelante, por la necesidad de acción? Me debatía en un vuelo pesado y sin gozo en mi vida, y nadie lo sospechaba. Excepto ellos.



El horizonte se pintó de rojo, y luego, muy rápidamente, cayó la noche. Me dirigí, tiritando, hacia las luces de la aldea. Vi a algunos indígenas que entraban a una choza, y los seguí, confundido en el desorden. Las ollas humeaban, como siempre, y todos metían sus jarros para sacar de su contenido. Yo estaba consciente del riesgo que corría, pero tenía confianza en ellos, y también en mí mismo. Bebí y comí poco. Mi apetito había disminuido desde mi llegada. Bajo el montón de ropa, mi cuerpo se había enjutado, se había reducido a lo esencial de músculos y huesos.

Intenté "comunicarme" con alguien, pero había demasiada gente en el pequeño espacio. Yo no sabía abstraerme en semejantes condiciones.

Me fijé en alguien que estaba solo y en cuclillas detrás de la puerta abierta. Tenía docenas de preguntas listas en la cabeza, pero la que "transmití" no estaba preparada.

—¿Quién me ayudó y me cuidó la otra noche?

—El Puma acompaña al que lo ha escogido.

—Quisiera verlo.

—El Puma recorre muchos caminos.

—¿Cómo llegaron ustedes a este lugar? ¿Y cómo me trajeron?

—El pájaro vuela más alto que la montaña más alta.

—Ayúdenme a volver con los míos.

—El niño sabe que no tiene más que una vida real: la del día presente.

Me arrodillé bruscamente cerca de él y lo despojé de su gorro, su abrigo y todo lo que le cubría el torso. El no pestañeó, a pesar de mi actitud amenazante. Tenía en el pecho una cabeza de puma tatuada (o pintada) en negro y ocre.

El hombre soltó una carcajada enorme, brutal, y yo salté hacia afuera, totalmente enloquecido. Me di cuenta de que debí quedarme, resistirlo. Esa risa, ¿no había sido un homenaje a mi astucia, a mi tenacidad? Por lo menos había descubierto que el Puma podía prorrumpir en carcajadas, si no hablar. Pero podía haber diez pumas tatuados sobre diez torsos.

Volví a la choza. El hombre se había vestido y estaba comiendo. Con energía le quité el plato de las manos, hice que pasara los brazos alrededor de mi torso, y lo obligué a apretarme violentamente. Cerré los ojos: la presión de los brazos podía haberla ejercido cualquiera de los presentes. Pero el olor de

aquel hombre, indisoluble de aquella noche espantosa, yo no lo habría confundido con ningún otro.

La Iguana ha sobrevivido y sobrevivirá, porque es obstinada.

Había algo de terquedad, pero también de seriedad en estas palabras, que jamás fueron pronunciadas.

De modo que yo era la Iguana.

Traté de explicar, a mi vez, con convicción, mi necesidad de comunicarme, de tener un amigo al menos, entre todos aquellos indiferentes. No hubo respuesta, pero, misteriosamente, me sentí reconfortado. Había muchos otros pensamientos que no me atrevía a exponer por pudor, o por torpeza.



La naturalidad absoluta, la ausencia de toda ambigüedad en los gestos de esas gentes, a pesar de las gruesas vestiduras que nos cubrían, todo eso facilitaba mucho la vida comunitaria, por un lado. Pero, por otro lado, yo seguía experimentando una angustia fútil, una inseguridad en mí mismo: sin compañera, sin hijos, sin una ocupación definida, ¿quién era yo en esa sociedad? ¿Qué clase de ser humano veían ellos en mí?

La ambigüedad estaba en mí mismo, y también la duda, el miedo, y la dualidad. Pero yo no podía atravesar ese puente levadizo que me aislaba para siempre de los míos. Ese minúsculo islote social me atraía por razones misteriosas, pero, ¿qué valía frente a LA SOCIEDAD?

El Puma no había mostrado la menor reacción. Yo estaba acorralado. Fui a mi choza, tomé mi bolsa y mis cobijas, me desvestí y me puse mi antigua ropa. Estaba listo.

En la entrada me topé con el Puma, que estaba ahí, inmóvil. Reencontré sus ojos, tan inexpresivos como minerales. Sentí que resbalaba hacia esa inmensidad negra y brillante. Dudé en avanzar, por el frío inhumano que emanaba de ese mar oscuro. Di la vuelta con dificultad, y busqué algún resplandor o un lugar donde refugiarme. El frío me penetraba de tal manera que me paralizaba lentamente. Abrí la boca, pues estaba sofocado; y la boca se me congeló, abierta, dejando que la muerte apremiante se abismara en ella. Mis ojos se cerraron.

Alguien me hacía beber un té dulzón. El Puma había desaparecido.

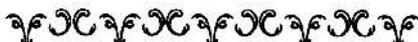


Era yo realmente privilegiado: ¿se me permitía ver mi propia muerte anticipadamente! ¡El mensaje estaba perfectamente claro! Si yo emprendía solo el tan temido descenso, moriría de frío en algún lugar del abismo, y nadie me encontraría jamás. Excepto quizá aquellos indios diabólicos, que tenían el poder de ver mi muerte, pero no el de impedirla.

Salí a buscar al Puma, movido por un furor tal que habría golpeado al primero que hubiera tratado de detenerme. Pero

nadie se interpuso. Y encontré al Puma con una mujer; estaban desnudos.

Volví a mi choza y zozobré en el sueño.



A lo largo de los días fui aprendiendo a distinguir un rostro de otro, a reconocer cada silueta, cada particularidad en el modo de andar y en la actitud.



¿Ya éramos amigos? La palabra “amigo” quizá no tenía ya el mismo sentido que antes. . . Me sentía más en confianza con cada persona y con la comunidad. Había aceptado la mayoría de los hechos (que eran, sin embargo, inaceptables desde el punto de vista de mi razón), en los cuales a veces era festigo y a veces actor.

Dimensión. Esa era la clave mágica de la que no quería serirme. Consideraba que no era posible fusionar mi dimensión y la suya. Sucumbiría sin remedio en la locura.

Así, pues, la comunicación que ellos practicaban era un maravilloso medio de contacto: directamente intuitiva e ilimitada. Pero yo sentía la necesidad del lenguaje articulado, tanto como de la intuición.

Escindido en dos, me debatía en la incoherencia.

¿Qué decir, entonces, de la estructura del pensamiento? Comparado con el mío, formulable, definible, limitado incluso, el suyo era una arena movediza en la que yo me hundía.

La mayor parte del tiempo, es cierto, había una gran fluidez en nuestra comunicación, pero ello era posible solamente a costa de mi lógica y de mi razón.

Ellos apenas parecían haber modificado su manera de pensar o de vivir por causa mía.

Mis fundamentos interiores estaban removidos, mis raíces trastornadas, ¡pero podía ser peor! A veces, me sentía como inexistente. En sus ojos no había ningún reflejo de mí, ningún juicio, en un sentido o en otro.

Tampoco ellos trataban jamás de impresionarme.



Yo trataba, evidentemente, de convertirme en uno más de ellos. Aprendí a cazar con arco y flecha, con lanza, con trampas. Pronto supe también pescar con la mano en un hoyo en el hielo. Pronto pude rematar, sangrar y desollar a las bestias sin sentir náuseas, y también sazónarlas con escasas hierbas secas cuyos secretos había que conocer.

Me convertí en un experto en curtir, preparar y suavizar las pieles, y coserlas para hacer abrigos o botas. Y aprendí a tejer la lana de llama.

Todo se puede aprender. Yo aprendí. . . Estaba orgulloso de mí mismo, y sin darme cuenta llegué a olvidarme de las miradas de los demás. Todo lo que hacía era para mí mismo; pero no de una manera egoísta. No, sino que no esperaba la aprobación del prójimo. Todo era motivado por una necesidad interior.

Mi percepción de mi cuerpo cambió: lo sentía como “integrado” en torno a un núcleo móvil. Mis músculos se habían hecho “útiles”.

Había llegado a ser un admirable mecanismo, pero me faltaba mucho para alcanzar una perfecta armonía. A menudo era presa del desaliento y la angustia.

Y mientras más avanzaba en el dominio de todas estas fuerzas, más se tendía el arco.



Un día, nuestra comunidad, a la que yo creía inmutable, se multiplicó de improviso. Yo no vi que llegara nadie; simplemente, una mañana, los recién llegados estaban ahí, entremezclados con nosotros, pero totalmente distintos.

Sus atavíos me dejaron pasmados ¡Unos indígenas de los altiplanos andinos vestidos como cazadores alpinos! Y además, había en sus movimientos una tensión sutil, cierta inquietud en su mirada, una agitación que chocaba con la impasibilidad de mis compañeros.

¿Su llegada tendría alguna relación conmigo? ¿Con Simón? ¿Con acontecimientos recientes en el valle?

Llevaban muchas armas, lo cual quizá confirmaba la última hipótesis.

—¿Quiénes son ustedes? ¿De donde vienen? —les pregunté.

—Somos hermanos de ustedes. . . pero venimos de lejos.

Por lo menos sabían hablar.

—¿Cuál es su tierra?

—Ésta —respondió uno de ellos, sorprendido—, ésta, el Alto Perú es nuestra tierra.

Tragué saliva, desconcertado ¡Entonces yo había sido llevado, moribundo, por la nieve a través de la cordillera de los Andes, decenas y decenas de kilómetros! Grité:

— ¡Sólo existe un ave capaz de hacer eso!

El hombre asintió. En ese momento, las palabras del Puma, que llevaba yo guardadas en alguna parte de mi memoria, resplandecieron de nuevo, enigmáticas: “El pájaro vuela más alto que la montaña más alta.”

Estaba cansado de enigmas. Di una orden:

— ¡Dibuje!

Con una ramita, el hombre rascó la tierra endurecida, y entonces asistí al nacimiento de una enorme ave rapaz, que desplegaba totalmente sus alas. Sobre el lomo, entre las alas, llevaba encaramados a muchos personajes minúsculos. . .



La risotada que resonó por todos lados me pareció como una explosión. Entonces comprendí que yo era la causa de aquella hilaridad bonachona.

Acto seguido, todos los presentes, los recién llegados y los otros, como liberados, se pusieron a hablar y a reír al mismo tiempo ¡A hablar! Por fin me di cuenta del alcance de la farsa: ¡me habían engañado con su silencio durante semanas! ¡Ni una sola vez se les había escapado una palabra, ni siquiera en sueños! ¡Tampoco a los niños!

Como yo tenía un corazón obtuso, lleno de prejuicios y temores, ellos habían jugado a hacerse los primitivos, ignorantes, crueles. . .

Sin embargo, ¡la mujer aquella había *desaparecido* realmente!

¡Yo había *volado por encima* del fuego durante algunos minutos!

¡Había *visto* mi muerte entre la nieve!

Tuve la impresión de que todo habría tomado un cariz diferente si hubiéramos usado palabras. Quizá no. . .

La actitud de la gente se tornó seria de nuevo, preocupada. Se hablaba del retorno, de la lucha, de dejar la aldea. . .



Todos estos problemas le concernían a Simón Bolívar, el Libertador. Pero yo no podía todavía revivir en aquella otra realidad, por intensa que fuera. Volvía una y otra vez, incansablemente, a los acontecimientos recientes, mientras a mi alrededor se discutía sobre el presente apremiante. Sí, ese presente violento, injusto, indignante. A él se dirigirían muy pronto mis acciones. . .

¿Por qué todo eso me parecía en aquel momento tan poco importante? ¿Podía mi aventura interior compararse con la marejada que arrastraba a América?

No podía hacer nada más que repetirme y repetirme las mismas preguntas.

Las conversaciones a mi alrededor se desarrollaban y se entrecruzaban en quechua, lo cual me dispensaba de intervenir.



Sentí que se me acababa el tiempo. Tenía que abandonar cierto número de detalles y recapitular sobre lo esencial.

Llamé discretamente a la Gacela y le dije que me gustaría que platicáramos con calma. Gacela era una mujer que tendría entre treinta y cuarenta y cinco años; era imposible calcular su edad con mayor precisión. Su rostro era infantil y terso, y también arrugado como una máscara de madera; sus manos estropeadas por el trabajo, los sabañones, el sol, tenían sin embargo una gran delicadeza.

Su risa espontánea me encantaba; sonaba como la risa de una muchachita que no pudiera contenerse.

El mismo contraste curioso se notaba entre su talante de adolescente y su cuerpo de mujer que ha criado a varios hijos. De toda su persona emanaba un encanto luminoso y sin afectación.

Caminamos hasta aquel lugar al que yo le tenía apego: ahí donde la cortadura de la montaña ante el abismo era más impresionante.

Le hice una infinidad de preguntas, y me quedé esperando su respuesta. Ella era una amiga de la cual no podía esperar enojo ni silencio; sin duda respondería.

Habló serenamente, sin mirarme. Me dijo primero que yo mismo debía encontrar las respuestas a mis preguntas. O acaso no había respuesta alguna, y no la habría jamás.

Me dijo también que había en mí una gran energía, pero también mucha confusión. Que la vida era el presente, el ahora, el aquí, y que el pasado y el futuro eran ilusiones que se interponían entre la vida y yo.

Aunque ella no respondió a ninguna de mis preguntas, yo me sentí conmovido. Cada palabra que se pronunciaba tocaba en mí algo muy íntimo y doloroso. Como si aquella mujer respondiera a preguntas que se encontraban detrás de las que respondía. Llegaba a lo más profundo. No me dio consejos. Simplemente me hizo comprender que no debía esperar mucha ayuda.

—Todos estamos solos —me dijo. Y había algo así como júbilo en su voz.

Le hice una última pregunta, tembloroso:

—¿Simón y los dos indígenas están sanos y salvos?

Algo oscureció su mirada ¿Se había enojado? Pero fue muy fugaz.

—¿Por qué temes por tus amigos, si ya no los tienes a la vista? ¿No confías en ellos? ¿Qué prefieres? ¿Que te crean



sano y salvo porque eres astuto, o que has muerto por tu estupidez y tu debilidad? Guarda tus fuerzas, Iguana; pronto te harán mucha falta.

Intuí que ella sabía, que todos ellos sabían quién era yo. Pero ello no me hacía sentirme orgulloso.

Nos quedamos ahí, cada uno perdido en sus propios pensamientos, y sin embargo misteriosamente cercanos el uno al otro. Yo experimentaba además una intensa seducción, pero ella me rechazaba con increíble gracia.



Yo debía descubrir muchas respuestas por mí mismo, desde luego. Pero la idea de que había quizá una gran trama subyacente (no me atrevía a llamarla plan) comenzó a tomar forma.

¿Aquella gente podía haber dado muestras de semejante disciplina durante semanas, y todo por una... broma? ¿Y el autor de todo eso sería Simón?

Simón, que había viajado por otros continentes, ¿de pronto aparecía tan misteriosamente? Yo ignoraba qué había sido de su vida, quiénes habían sido sus compañeros, cuáles sus ocupaciones. ¿Qué sabía de él? Yo conocía al filósofo y al maestro, pero el hombre, Simón Rodríguez, ¿quién era? ¿Por qué se había esfumado así, junto con los otros dos? Como por arte de magia...

Simón había sido el destructor de todas mis certezas desde la infancia. Había vuelto para verme, y había quitado de debajo de mis pies ciertos fragmentos de "verdad". Y después había desaparecido. Al mismo tiempo (¿casualidad?) el hombre de bronce había comenzado a resquebrajarse, dejando al desnudo al gentilhomme ambicioso y vanidoso, amante de lucirse vestido de etiqueta.

¿A quién pretendía liberar Bolívar? ¿A aquéllos a los que San Martín había prohibido que se les llamara indígenas, en lugar de peruanos? ¿A sus compatriotas criollos? ¿A los esclavos que los de su propia clase habían encadenado? ¿A sí mismo?



A veces temo formar parte de esa clase de locos que, en vez de llevar una vida fácil e insípida, prefieren arriesgarlo todo. Y ganan la gloria.

No obstante, creo haber sido siempre sincero al tomar mis grandes decisiones políticas. Si tenía que perderlo todo a cambio de su realización, lo perdía todo, sin titubear, incluyendo al amor.

¿Quién me exige que me justifique? Quien comienza a justificarse, que deje de obrar, pues la duda habrá comenzado a cavar sus galerías por debajo del edificio.

Y el que no se justifica nunca, no es más que un niño demasiado mimado.



Terminadas las conversaciones graves, todos se ocuparon en la preparación de la fiesta de la noche. Iba a haber, sin duda, una celebración especial en honor de los recién llegados, pero yo había decidido festejar a mi vez mi partida.

Me fui a buscar mi traje de fiesta. Tardé un poco, porque no había hojas ni flores. Sin embargo, cerca de la cascada descubrí algunos cardos conservados por el hielo, los cuales trencé con la lana de mi gorro.

Para el resto me serví sin escrúpulo de la reserva de heno para las llamas. Con él cubrí enteramente mi poncho, pues se adhería muy bien a la lana deshilachada.

Yo no sabía por qué hacía eso, pero estaba muy entretenido y quería jugar mi juego lo más seriamente que fuera posible.



Caminé lentamente hasta la luz, con los brazos abiertos, como si fuera una gran ave. Todos estaban ahí en cuclillas, incluyendo a los niños, que fijaban en mí sus ojos muy abiertos por la sorpresa. En alguna parte, una flauta trinaba en tonos agudos. Yo avancé.

Me enfrenté a todos esos ojos resplandecientes, que no reían. Ya no se oía la flauta. Durante algunos segundos temí haber ido demasiado lejos. Busqué con la mirada a la Gacela, al Puma, pero esos rostros pintados, vueltos hacia mí, formaban un mosaico indivisible.

Habían arreglado sus cabellos en colas bajas, y vestían todos ponchos de lana oscura, hombres, mujeres, niños, los "nuevos" y los otros. . .

Me acuclillé, concentrado en mí mismo. Mi disfraz tenía sin duda varios significados. El primero era que me proponía llamar su atención de una manera impactante. El segundo, que quería vestir un plumaje excepcional para mi vuelo de retorno.

Las ollas humeaban, y yo comí con avidez. Sentía cierta aprensión por lo que vendría después. Había perdido mi inocencia iniciática, y no había de beber más que agua clara y pura.

La flauta volvió a sonar, y luego otras flautas, con la misma alegría y la misma nostalgia. La palabra nostalgia resultaba inadecuada, aplicada a gente que jamás miraba hacia atrás con tristeza ni arrepentimiento.



Cuando el sonido de las flautas se apagó, recité un poema que debo haber compuesto en esos mismos momentos. . . Todos escuchaban con interés ese canto que fluía de mí como agua.

Cuando el poema evocaba la unión de Mamá Oclo y Manco Cápac, se me escapó alguna expresión acaso demasiado cruda, y tuve que unirme a las risas copiosas de mi público.

Después todos volvieron a su actitud atenta, en espera de la continuación del poema, que el canto de la flauta acompañó.

La flauta y yo íbamos juntos, aunque improvisábamos totalmente. Yo recordaba con emoción un cuento infantil que jamás había olvidado. Se trataba de un flautista, creo que en la Edad Media, el cual, gracias a su flauta mágica, liberó a una ciudad de las ratas que la invadían. Todos veíamos a aquel hombre, alto y delgado, con su casaca roja, sus polainas rojas y su gorro de plumas, seguido por una inquietante multitud de pequeñas bestias negras, de largas colas y ojos rojos.



En el instante en que entoné la última nota, una sombra encima del fuego me hizo levantar la vista.

Ahí estaba, nuestro flautista, moviéndose con ligereza en el resplandor rojizo del fuego. Su flauta se balanceaba, colgada de su cuello con un cordel.

Me erguí, temblando, y levanté los brazos para tocarlo. No lo alcancé, pero sentí claramente en mi mano el roce del aire que agitaba en su "vuelo".

Ya ni siquiera me sentía asombrado.



Detrás de todo eso había un gran poder, cualquiera que fuera el nombre que se le quisiera dar.

Yo me había dejado arrastrar varias veces por ese poder, pero estaba consciente de que personalmente no poseía de él nada. . . o muy poco.

Allá abajo, ¿qué sería de ese "poder", confrontado con el otro?

Aquello que creía entonces, ¿lo creería más tarde?

De nuevo me enfrentaba al dilema insoluble. Sin embargo, los peruanos recién llegados parecían haber logrado la fusión imposible.

¿Por qué eran perseguidos?



El aire estaba "libre" otra vez. Aquel hombre había descendido o se había caído; pero yo debí adormecerme, porque no vi nada.

Palabras otra vez, lentas. Después bebimos un té muy caliente, y cada quien se fue a acostar.



La temporada de lluvias comenzaba apenas, pero el frío seguía siendo muy fuerte. La nieve se congelaba por la noche, y en el día se convertía en lodo; eso hacía la vida más difícil.

Mi tendencia al orden, algo maniática, no se encontraba muy a sus anchas en aquel cenagal. El clima tenía en mí un efecto deprimente ¡Estaba empapado! ¡Me pudría! ¿Qué esperaban ellos? ¿Por qué los esperaba yo?

Los peruanos ya me habían dado a entender que algún día bajarían, y que yo podría acompañarlos. Yo trataba de no vivir a la espera de que esto se cumpliera.



Seguimos cazando, con arcos y flechas y con distintas clases de trampas, como antes. Fue necesario llevar a las llamas a otra planicie, menos alta, donde comenzaba a brotar una hierba escasa. Había que secar las chozas constantemente, y repararlas después de las tormentas y las lluvias. También teníamos que volver a cavar los canales de desagüe.

Pero yo no tenía nada que enseñarles. Recordaba la perfec-

ción y el ingenio arquitectónico de los incas, de lo cual había visto muchas muestras en Cuzco.

Por fin terminé de tejer mi poncho de lana de llama, tarea que me pareció fastidiosa, pero me sentí orgulloso a pesar de todo.

Los peruanos no habían cambiado sus indumentarias de montañeses alpinos, y se entregaban a sus ocupaciones, que no diferían mucho de las nuestras.

Estábamos en plena temporada de lluvias, y yo me sentía inquieto. Ya no podríamos partir por otros seis meses, si no lo hacíamos de inmediato. Yo tenía recuerdos trágicos de nuestra última expedición a través de la cordillera de los Andes bajo la lluvia, de lo mucho que había arriesgado al emprenderla, del temor de los soldados, de su valentía sin límite. . .

Pero también recordaba mi remordimiento y secreto sentimiento de culpabilidad por haberlos arrastrado a aquel maestrón, aunque fuera hacia la victoria.

Finalmente, a una pregunta clara de mi parte, un indígena respondió que, si tenía prisa, más valía que descendiera solo. . .



Yo estaba furioso y divertido por esta pequeña guerra de resistencia. Me daba cuenta muy bien de lo que ellos pensaban de mí: que no era yo más que un niño mimado, exigente e irresponsable. Que no manejaba mi vida con mis propias manos.

Habían hecho mucho por mí, pero yo esperaba que decidieran mi futuro también. Nadie me hizo jamás ningún reproche. Sentí vergüenza.



Consagré todo un día a la reflexión. En la noche, mi decisión estaba tomada y la anuncié a todos. Luego pedí permiso para llevarme algunas provisiones y la ropa que tenía puesta.

Una mujer me preguntó qué camino tomaría. Le respondí que, como no tenía otra alternativa, seguiría el curso del agua después de la cascada.

No pude ocultar un poco de amargura ante la indiferencia de los que me escuchaban. La mujer se quedó callada un largo momento, y luego volvió a dirigirse a mí.

—El agua te llevará demasiado lejos, a donde te esperan nuestros enemigos.

¿Se refería a la muerte? ¿A las fuerzas españolas?

—¿Cuáles enemigos? ¿Tú los conoces?

—Tú no eres capaz de enfrentarte a ellos.

—¿Por dónde debo bajar?



—Uno de nosotros te acompañará durante un sol y una luna, y te conducirá hasta el pasaje.

—¿Cuándo debo partir?

—Sólo tu lo sabes.

Esta última respuesta no me sorprendió: la esperaba.

Pedí de beber. Ella me dio un jarro con agua. En ese momento me dominó su mirada, como una trampa en la que cayera una pieza de caza, y me sumergí en ella. Dos abismos brillantes, distintos de los ojos velados y cansados de mujer muy anciana que había visto hacia unos instantes. Fui arrebatado suavemente hacia el fondo, y luego ascendí con lentitud y facilidad, como un buen nadador.



Me preparé para el viaje rápida aunque cuidadosamente, y también para dominar la emoción que me oprimía. Sentía miedo, y tristeza. Esos hombres y esas mujeres tan duros me habían revelado mi propio corazón. Yo había dejado en el pasado a mí yo apasionado, que disimulaba su egoísmo bajo la llama patriótica; su falta de sentimientos en las lágrimas fáciles; su grandilocuencia vacía en las palabras esenciales; su incapacidad de amar en su entrega a las causas más nobles. ¿Habría finalmente alguien debajo de las máscaras?



Tenía miedo de bajar al encuentro de mi vieja y conocida personalidad. Era ya un hombre diferente, pero, ¿mi vida iría a ser la misma? Temía a los amigos, más que a los enemigos. Tenía cuarenta y dos años, quizá era ya demasiado tarde para las metamorfosis.

Estaba particularmente ansioso por volver a ver a Simón: su espíritu original sabría hacer las auténticas preguntas. Además, él era el único, aparte de esos indígenas, que me había mostrado su amistad sin deferencia y sin complacencia.



Dormí bien, y me levanté al amanecer. Volví a llenar mi bolsa. Llevaría también mi escopeta, mi arco y mis flechas. Comí un poco de carne seca, y bebí agua. Preparé un saco especial para las provisiones, y la preciosa cantimplora del agua. No tuve que esperar; alguien salió de una choza y fue a mi encuentro. Creí que me acompañaría el Puma, o la Gacela, o alguno de los cazadores jóvenes, o alguno de los peruanos; ¡pero me enviaron al más viejo de la tribu! Oculté mi contrariedad y nos pusimos en camino, sin un adiós. Estoy seguro de haber escuchado: "Te vas porque eres libre. No estés triste." El viejo no había hablado. Lo seguí. Dirigí una última mirada a mis espaldas: había humo arriba de algunas chozas. Me sentí extrañamente reconfortado, pues así supe que nos habían oído partir.



Nos sumergimos en la bruma, a tientas como ciegos. Procuré seguir de cerca la silueta encorvada de mi guía. No se distinguía nada alrededor. Así avanzamos entre la nieve y la niebla, sin señales ni horizonte. ¡Qué manera de borrar el pasado!, pensaba yo. ¡Un sueño!... ¡Había soñado aquella aventura! Y olvidaba la tristeza de la partida.

Poco a poco, una luz tibia se filtró entre las nubes. La bruma se arremolinaba por todos lados, como un mar agitado en pequeñas olas. Finalmente, se abrió y apareció el cielo. Habíamos descendido de una altura considerable, en sentido casi vertical. Todo parecía diferente: el aire que respirábamos, la vegetación, la nieve misma, más ligera. Tuvimos que detenernos un rato, el tiempo que nos llevó adaptarnos. También hacía menos frío. El viejo se veía tan fresco como al amanecer. Nos sentamos, bebimos té frío que él había llevado en su cantimplora, y masticamos algunas tiras de carne.

No sé dónde fue que me acosté, ni cuándo me dormí. Cuando me desperté, lo primero que vi fue al viejo, acucillado cerca de una especie de asador, al cual daba vueltas lentamente sobre el fuego. Un conejo, seguramente, ¡y olía bien! Le pregunté si lo había cazado, y él me respondió que no, que se había dormido, y al despertarse había encontrado al animal ensartado y

el fuego encendido. ¡A mí me encantaba este humor inesperado! Gracias a él, había aprendido a controlar la autocompasión, a menoscabar el amor propio y, sobre todo, a hacer explotar la solemnidad, *mi* solemnidad. Me faltaba práctica, pero siempre participaba en la risa, aun a mis costillas.

Después de los menús monótonos a base de carne de llama, aquél fue un banquete mágico. El viejo desbordaba energía. Yo me sentí fuerte, aun lejos del aura protectora de mis amigos de allá arriba. La perspectiva de reaparecer ante aquéllos que me creían muerto tenía su gracia. Esa euforia de poder que mostraba yo, ¿podía disiparse en el momento en que me dejara el viejo?

La mañana era magnífica, soleada y transparente, como no las había jamás en las alturas.

El viejo se ocupaba de su fuego y de su té amarillento, y delicioso por lo demás. Y a propósito, creo importante aclarar que en ningún momento se me había hecho ingerir o masticar coca, como había visto que lo hacían la mayoría de los indígenas del Altiplano. La chicha tampoco se acostumbraba entre ellos.

Continuamos la marcha entre los abetos, siguiendo un itinerario misterioso. ¡Qué descenso! La nieve se hacía menos abundante. A nuestros pies veíamos un abismo oscuro, de paredes verticales. Yo estaba cansado de avanzar apoyándome en una pierna, por causa de la pendiente, pero era la única forma de descender sin romperse todos los huesos. Finalmente, llegamos al fondo de la vertiente, donde no había nada, ni siquiera agua.



El ascenso por la otra ladera, abrupta y rocosa, sin árboles que sirvieran de apoyo, y con mi pesado equipaje dificultándome la marcha, me pareció demasiado arduo ¡Pero el viejo saltaba hacia la cima con la seguridad de una cabra! De pronto experimenté las sensaciones de mi errabundeo solitario y, para mi gran sorpresa, la idea de volver a vivir la misma aventura no me inquietó.

El aire me pareció más cálido. Habíamos descendido algunos peldaños de la gran escalera. Después de un breve alto, el viejo me hizo señas de que debíamos continuar, y con mucho cuidado, por la peligrosa pendiente. Varias veces estuve a punto de caer al vacío. Yo estaba cansado, y el viejo no. Él avanzó siguiendo una trayectoria llena de vueltas, pues quería evitar descender en línea demasiado recta. Sin embargo, sabía perfectamente a dónde iba.

¡Por fin cayó la noche! Pero yo estaba demasiado agotado para conciliar el sueño. Me quedaba el firmamento, inundado de una claridad lechosa hasta la línea del horizonte. Y en mi espíritu había un espacio de vacío absoluto, que atravesaban perezosamente los recuerdos, los remordimientos, los diálogos jamás establecidos, los reproches contra mí mismo... Los rostros estaban presentes de nuevo, más claros en mi memoria que como los había visto con mis ojos... Las palabras revelaban su sentido oculto. Como siempre, me devoraba la impotencia.

No había sido capaz de sacar partido de los sucesos "significativos" en los que se me había iniciado. Permanecía ciego a los presagios. Aquellos hombres me habían incitado a abrir unas puertas impalpables... Sin embargo, yo no había sabido des-



pojarme de mí mismo. De aquello me quedó una inquietud imperecedera. Pero yo sabía, en el fondo de mí mismo, que lo que me había dominado exigía que renunciara con audacia a todo lo demás; y no quería renunciar a nada. Había percibido con agudeza lo que estaba perdiendo, y sin embargo me quedé paralizado, decepcionado y dolido ante mi propia incapacidad. Nada se había perdido mientras tanto...

Entre la vigilia y la pesadilla, vi la luna, que se elevaba lentamente, tan llena y luminosa que sentí un consuelo.



¡El corazón me dio un vuelco! ¡El viejo ya no estaba ahí!

Era muy temprano. El frío mordía como el ácido. Grité y esperé. Guardé todo en las bolsas, presa de un pánico febril, mientras masticaba un trozo de carne seca. Esto tuvo el efecto de aumentar dramáticamente mi sed... y la cantimplora estaba vacía. Así, el viejo me había abandonado definitivamente.



Un aullido de lobo a mis espaldas me hizo saltar. Detrás de mí, el viejo reía en silencio: "¡El Coyote! ¡Soy el Coyote!" Me pasó su cantimplora llena con una mano, mientras con la otra agitaba bajo mi nariz un coyote todavía tibio. Yo lo creí vivo, y di un alarido. Esto hizo reír al viejo durante un minuto entero. Luego ató la bestia a mi bolsa de provisiones. Reemprendimos el descenso. Ahora me sentía jubiloso, y por bromear con mi viejo amigo, le preguntaba si ya estábamos a la mitad del camino. Yo esperaba, naturalmente, que me acompañaría hasta mi destino. Su respuesta en forma de enigma no tuvo nada de tranquilizadora:

—Tú, como yo y como todos, estás siempre a la mitad...
¡La diferencia es que yo lo sé!

Y la risa resonó más fuerte.

—Tú sabes bien, Viejo, que yo regreso a mi tierra.

—¿Estás seguro?

Me quedé azorado. ¿Cómo podía él estar tan seguro de mi propia incertidumbre? Era verdad. Había en mí, gracias a la alquimia de esas semanas, una profunda aprensión por el porvenir. ¿Retomaría mi vida en donde la había dejado? ¿Con el mismo ideal? ¿Con la misma fe? ¿Los mismos enemigos?... ¿No había perdido allá arriba una parte de mi inocencia? ¿Traía algo valioso a cambio?

—Yo no sé si podré contar lo que me pasó, Viejo... Nadie me va a creer.

—Nadie puede volar tan alto como el Cóndor. Pero todas las aves saben que su nido está allá arriba.

—¿Y el Cóndor?

—El sabe que sabe.



La intensidad azul índigo del cielo hería mis ojos. Las emanaciones del Coyote a mi espalda se hicieron insoportables. Me dejé caer al suelo sin sombra. El viejo se sentó, y esperó amablemente que recuperara mis fuerzas. Ahí, de pronto, ya no tuve ganas de hacer lo que se esperaba que hiciera. (¿O lo que yo creía que se esperaba que hiciera?)

En un segundo experimenté la exaltación y el desaliento. En el universo del viejo no existían la autocompasión ni la debilidad. Él me esperaba.



Vomité con tal violencia, que los espasmos recorrían mi cuerpo aun mucho después de haber terminado. Sentí la mano firme del viejo sobre mi espalda. Seguimos caminando, esta vez más lentamente. Un cambio imperceptible en la dirección que llevábamos me indicó que el viejo quizá había modificado nuestra ruta para hacerme más fácil la marcha. . .

Hasta encontramos sombra. El día transcurrió sin una sola palabra, y así el siguiente, y el siguiente. Yo ya no les ponía atención a los paisajes que atravesábamos, ni al calor ni al frío. Era como un autómata. No tenía más que un objetivo: hacerme todavía más opaco. El viejo no había hablado en una eternidad; esto me hizo pensar que nos habíamos perdido y no quería decírmelo.

—Viejo, ¿dónde estamos?

No le quitaba la vista de encima, para detectar cualquier disimulo.

—Tu atención se quedó allá lejos, detrás de ti. . . Tu poder te espera en alguna parte ¿Tu viaje se hará menos penoso si te digo dónde estamos?

—Sí.

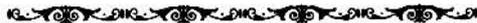
—Bueno, observa.



El entorno, sin duda, me era totalmente desconocido. Sentí un ligero malestar, que atribuí al cambio de altitud demasiado brusco. De pronto, involuntariamente, mis ojos no afocaron al viejo, que estaba delante de mí, sino “a través de él”, más allá de él, afocaron un gran peñasco sobre el cual había una piedra plana. La piedra era en realidad una gran iguana inmóvil. Su ojo resplandecía al costado de su cabeza, y *existía*, tanto como



yo mismo. Su respiración rápida dilataba su cuello. Desapareció, no como una ilusión, sino como una iguana que tiene miedo. Ya no vi más que la espalda del viejo. No habíamos dejado de caminar. Recordé que para el viejo y para los otros, yo era la Iguana. “La Iguana ha sobrevivido y sobrevivirá, porque es obstinada.” ¿Acaso la Iguana era mi guardiana? Salí de mi pesadez mental, y perdí la opacidad.



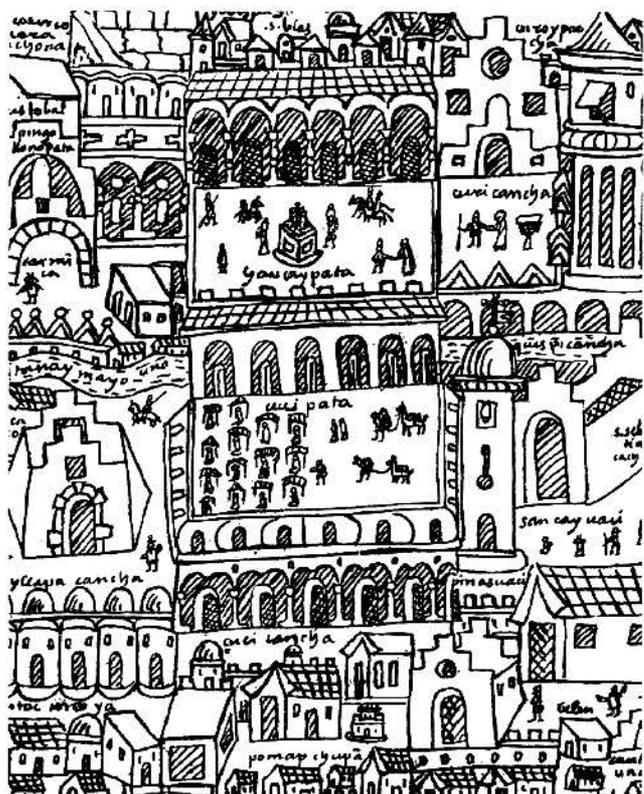
La noche nos cubrió muy pronto. Había en mí tal cantidad de energía, que no sabía qué hacer con ella, sentado o acostado. El viejo permanecía sentado, y eso me contrariaba.

Más tarde, tuve un sueño muy lento, en el que aparecían los rostros de mis amigos de la Alta Planicie; todos estaban ahí, ocupados en sus trabajos habituales. No había entre nosotros más que un breve intercambio de miradas, que me turbaba. Sin embargo, un instante después, los veía desaparecer sin nostalgia. Me bastaba con saber que eran mis aliados. Me desperté lleno de un sentimiento de gran gozo, que no había experimentado en toda mi estancia con los indígenas.



En la mañana, el viejo me anunció que me iba a dejar muy pronto, pero que yo no tendría dificultades. No me sentí particularmente conmovido, pero de pronto adquirí conciencia de todo lo que nos rodeaba, al mismo tiempo como una totalidad y con precisión en los detalles.

Cada arbusto, cada loma, la cadena de montañas nevadas allá



a lo lejos, nuestra posición en relación con todos estos elementos, la luz oblicua, el frío y el silencio del amanecer... Mi conciencia se movía a gran velocidad.

¡Al fin era autónoma! Invoqué silenciosamente a mis aliados para que me acompañaran. No sentí ningún temor, sino una tranquila exaltación de todo el cuerpo y del espíritu, una energía casi palpable.

Nos desviamos varias veces. Yo registraba mentalmente la altura del sol, nuestra posición, cierta variación en la flora circundante, todos esos micro-climas que habíamos atravesado desde nuestra salida de la aldea y su significado en términos de altitud, etcétera.

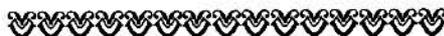


Ya estaba solo.

Sólo me preocupaba que el viejo cambiara de opinión y que mis ímpetus perdieran fuerza. Estaba listo, y no deseaba ninguna tardanza. Pero, conociendo la implacabilidad de esos seres, ¡no tenía nada que temer!

En un estado anímico como aquél, la menor variación de las vibraciones espirituales entre nosotros se sentía de inmediato. Capté una especie de inquietud sutil... Pero desapareció muy pronto. Habíamos llegado al borde de uno de los últimos altiplanos. El paisaje era grandioso, pero a una escala más humana. Tuve la impresión entonces de que el camino por reco-

rrer sería más fácil, menos abrupto. Se divisaban a lo lejos, cerca del horizonte, algunas manchas de colores sofocadas por la bruma: ¡eran campos cultivados! ¡Bueno, tenía que caminar; no podía volar!



El viejo me indicó la ruta a seguir, y me dijo que pronto llegaría a un poblado. Me aconsejó, sin insistir mucho al respecto, que no dijera quién era. Luego me dio una pequeña bolsa con monedas.

—Aquí estamos de nuevo en el Perú que tú conoces, Simoncito. Desde ahora puedes ir a donde quieras. Tu poder te acompaña; de ti depende que no te abandone.

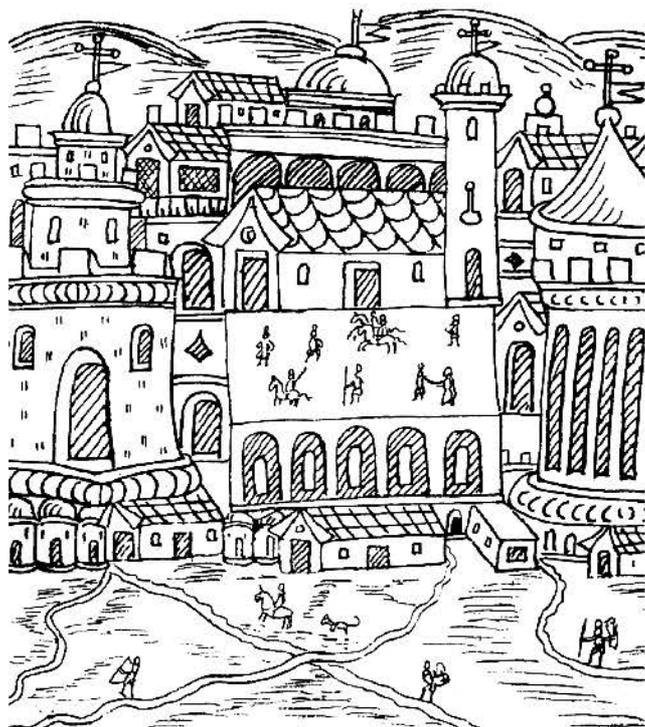
—¡No me abandonará jamás! —le respondí—. ¡Estoy seguro!

—¡Tú tienes la fuerza del toro, la necedad de la vaca, y la debilidad del becerro!

Los dos soltamos una sonora carcajada, magnífica descarga de nuestra emoción. Sabíamos que podríamos habernos expresado, quizá más sutilmente, sin palabras. Sobre todo él, que experimentaba menos que nadie la necesidad de hablar. Pero el contacto de las palabras producía una sensación rugosa y cálida, como un apretón de manos.

Me dejó algo de comida, un cuchillo, mis mantas, y una especie de bolsita de piel llena de una pasta verde.

—Para las heridas, los piquetes... .





No me explicó más. Y luego me dio otra bolsita, pero vacía.

—Llévala siempre contigo. Lo que guardes en ella no podrá servir a nadie más que a ti... Una pequeña cantidad... Tú sabrás.

—¿Y mi escopeta?

—Déjalo. Ahora tienes tu poder.

Me acuclillé para arreglar el contenido de mi bolsa. Estaba demasiado aturrido para hablar. Cuando levanté la mirada, el viejo había desaparecido. No lo llamé.



Emprendí el descenso casi corriendo, a pesar de la fatiga. Como sabía que estaba cerca de la última etapa de mi viaje, me era difícil controlarme. Otra vez era Simón Bolívar, y me esperaban mil asuntos pendientes allá abajo.

Pronto distinguí las cercas de los campos. Esperaba encontrar en cualquier momento a algún pastor con sus llamas. Atravesé aún más rápido aquellos vallecitos. Por fin me volví para mirar hacia atrás, y aquella visión me pareció más irreal a esa distancia. ¡Allá arriba habían tenido lugar sucesos tan intensos como cataclismos naturales! ¡Y yo había participado! Debía ser prudente.

Hice todavía dos días de marcha ininterrumpida, para franquear todas las barreras entre las cimas inalcanzables y las pri-

meras planicies habitadas. En mi euforia, me comí casi todas mis provisiones. Afortunadamente, nunca me faltó agua, pues había en abundancia.



La aldea era tan humilde y tan pequeña, con sus chozas bajas cubiertas de paja y de tierra, que pude pasarla por alto sin darme cuenta. Pero la algarabía que se escuchaba me habría llamado la atención. Corrí por la única callejuela, seguido por los perros vagabundos. ¡No tenía la menor idea del espectáculo que me esperaba!

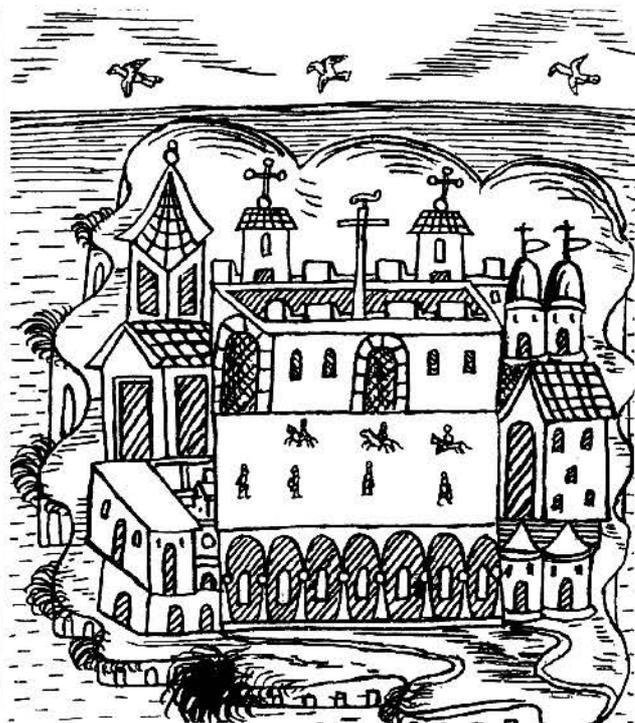
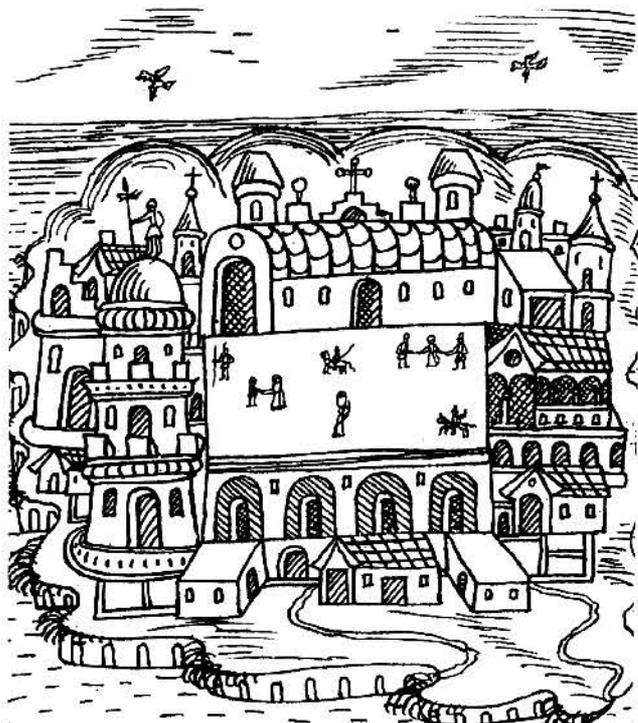
Me acerqué hacia donde se escuchaba un gran rumor, como el de un campo de batalla. ¡Lo que vi era exactamente eso: una batalla, cuya violencia me llenó de asombro! ¡Pero no una batalla entre soldados, no, sino entre hombres, mujeres, niños! ¡Todos en grupo! ¡En parejas! ¡Por docenas! ¡Vi a un niño que dominaba a varias furias desatadas! ¡Una mujer, con su hijo atado a la espalda, golpeaba con un palo a todo el que se acercaba! Esto hizo que me decidiera. ¡Ese espectáculo era indignante para un hombre de honor! Dejé caer mi equipaje, me armé con un palo y me lancé a la lucha, decidido a rechazar la barbarie y hacer triunfar la justicia.



Este manuscrito fue entregado en buen estado a Simón Rodríguez Carreño, alias Samuel Robinson, el 15 de junio de 1833, por don Joaquín de Mier, amigo y ejecutor testamentario de Simón Bolívar, alias El Libertador, muerto el 17 de diciembre de 1830, en la quinta de San Pedro Alejandrino en Colombia.



INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
BIBLIOTECA
PUBLICACIONES



COMBATES DE INDIOS QUECHUAS

Itinerarios:
Los olvidados del Altiplano
A 2, 16 h 55.

He aquí una escena estremecedora. Todo mundo conoce la flauta indígena, de sonido melancólico y como rarificado por la altitud y la dureza de las montañas. Junto con el poncho, la flauta se ha convertido en el símbolo por excelencia del folklore de los indios de Bolivia. Nicole Vitel y François Duratel han filmado ciertos aspectos mucho menos conocidos de la cultura y la vida cotidiana de los indígenas, como este extraño ritual que se celebra en la región norte del Potosí. Una vez al año, los indígenas quechuas se reúnen en una aldea apartada; y tanto los hombres como las mujeres se enfrascan durante varios días en singulares combates, para dirimir conflictos personales o entre comunidades. Un espectáculo muy violento, pero que desde luego tiene un significado social, sus reglas y su poder terapéutico. C.H.

Noticia aparecida en *Le Monde* (Francia) en octubre de 1983.

Bibliografía

Los olvidados del Altiplano

Blanco-Fombona, R., *Mocedades de Bolívar. El héroe antes del heroísmo*, Buenos Aires, Ed. Inter-Americana, 1942.

Davila, Vicente, *Bolívar intelectual y galante*, México, Imp. Rafael e hijos, 1942.

Monterde, Francisco, *Bolívar*. Selección y prólogo, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1943.

O'Leary, Daniel, *Últimos años de la vida pública de Bolívar*, Madrid, Edit. América, 1920.

Pereyra, Carlos, *La juventud legendaria de Bolívar*, Madrid, M. Aguilar, Edit., 1932.

Peru de la Croix, Luis, *Diario de Bucaramanga o vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, Edición del Centenario de Ayacucho, Madrid, Edit. América, 1924.

Ilustraciones tomadas de Nueva Corónica y Buen Gobierno (Codex péruvien illustré), F. Guaman Poma de Ayala, París, Institut d'Ethnologie, 1936.